

NUEVA CULTURA

283/3

COLABORAN
EN ESTE NUMERO:



José Bueno

Alberto Sánchez

Miguel Alejandro

José Renau

Francisco Carreño

Eusebio G. Luengo

León Moussinac

Juan Piqueras

Juanino R.

Fuentes Calderas

EL PRIMERO DE MAYO AUN NO ES UNA FIESTA

No; el 1.º de mayo no es una fiesta. Porque los trabajadores lo celebran luchando y porque el 1.º de mayo, es un día de silencio aterrador para los detentadores del poder y la riqueza, y clamor de la sangre derramada para los de abajo, que celebran sus victorias y sus muertos, y cobran nuevo impulso para la lucha diaria.

La paralización total de la vida corriente en este día, es amenaza de justicia y afirmación de fuerza, de potencia histórica del proletariado, que nació bajo el signo de la explotación y la ignominia y lleva como destino supremo, el cambiar las bases universales de la convivencia humana.

Desde que en el año 1889, la II Internacional, en su Primer Congreso de París, decidió lanzar todos los años un llamamiento a los trabajadores para que se manifestaran el 1.º de mayo por la jornada de 8 horas, la burguesía, comprendiendo que esta jornada internacional de lucha acentuaría la solidaridad proletaria en el mundo entero, que la reivindicación de la jornada de 8 horas movilizaría a las masas trabajadoras para la lucha de clases, decidió poner en juego todos los medios para impedir que tomara cuerpo la iniciativa.

Desde entonces ha sido esta la fecha de la abnegación y heroísmo del proletariado revolucionario frente a la brutalidad y la provocación de los gobiernos mercenarios.

La lucha del 1.º de mayo, ha ido de año en año ganando intensidad hasta llegar a la fecha sangrienta del 1.º de mayo de 1919 —fresca aún la sangre en los campos de la gran guerra— en que el «paro general» marcaba, por primera vez en la historia de las luchas obreras el triunfo absoluto, indiscutible, de la voluntad del proletariado decidido a hacer valer ante el mundo entero su potencia y su autoridad. No podemos evitar, por lo significativas, algunas referencias, a esta histórica jornada:

«Desde mediodía todo el París obrero está en la calle, afirmando con calma y dignidad, su voluntad y su poder. Pero el gobierno sanguinario ha soltado sus jaurías de policías y provocadores; se intenta hacer colocar a los soldados frente a los obreros. En la calle Royale, grandes alineaciones de Dragones; las famosas Brigadas Centrales comienzan a golpear salvajemente a los manifestantes; hay numerosos heridos. Desde antes de las dos, la plaza de la Concordia y sus alrededores están tomados por tropas a pie y a caballo y fuerzas de policía. Se producen violen-

“Que en este día del Primero de Mayo, se eleve la protesta internacional más alta, más fuerte que nunca, por encima de las corrupciones y de los salvajismos, por encima de los hálitos fétidos o sangrientos que ensombrecen el horizonte por todas partes”.

JAURES (De L'Humanité)



EL 1.º DE MAYO EN: Estados Unidos, 1865



Francia, 1919



Alemania, 1931



España, 1933



Los ciudadanos de «orden» se movilizan patrióticamente para «romper» la huelga y trabajan, por lo menos, un día al año

tos choques. Hacia las tres se desencadena una carga brutal. Una veintena de mujeres ruedan por tierra y son pisoteadas y golpeadas sin piedad. Suenan numerosos disparos. En la calle Laffitte una carga de los Dragones produce también sus víctimas. En un balcón de la avenida de la Opera suenan aplausos. Son los oficiales del círculo militar que aclaman a los defensores del «orden», quienes a golpe de porra y a sablazos derriban a las mujeres, a los niños, a los mutilados de la reciente guerra.»

«Las sanguinarias consignas del gobierno son aplicadas celosamente por los jefes de policía. De pronto suena el clarín. Se ha dado orden a los soldados de calar las bayonetas. En este preciso momento se oye este emocionado clamor: ¡Soldados, no disparéis, somos vuestros hermanos! Pasan algunos instantes de indecisión en los soldados; luego las bayonetas vuelven a su vaina de nuevo. ¡Los obreros y los soldados confraternizan! «La Internacional» se entona lentamente...»

La reivindicación de las 8 horas de trabajo ha sido ganada a través de un reguero de noble sangre derramada. Y otras mil victorias parciales fueron alcanzadas por la lucha constante, revolucionaria, de los proletarios.

Pero el 1.º de mayo no puede ser aún una fiesta. Porque a pesar del creciente impulso y madurez de las masas, y a pesar de haber sido vencido el fascismo en la curva de su desarrollo progresivo, queda aún camino que recorrer. Etapas duras y decisivas que salvar. Porque los imperialismos viven aún la trágica mascarada de su agonía histórica y han hecho suyo el lema de «morir matando»; convenios internacionales de papel mojado y cañones que hablan contundentemente de la realidad brutal de la guerra; cínicas proposiciones fascistas de paz en Europa; costa de la libertad y la sangre del pueblo etíope; cañones en Renania y el vulgar chantaje convertido en arma oficial de la diplomacia imperialista; naufragio de los más altos valores humanos en manos de las oligarquías seculares, de los fascismos, y, en fin, millones de seres que conmueven su humanidad corroidos por el hambre y la miseria en el centro mismo del esplendor hiperestésico de la «civilización» capitalista.

Por esto, a medida que los elementos desencadenados y ciegos de la descomposición capitalista, avanzan por el camino de la destrucción de la humanidad y del progreso, a medida que se agudizan sus contradicciones internas y se concreta su perfil enemigo, la celebración del 1.º de mayo cobra en todo el mundo mayor importancia y amplía la base de su significación histórica hasta rebasar su origen puramente proletario. En la actualidad política de estos tiempos decisivos, el 1.º de mayo es el día «oficial» de batalla de todos los antifascistas, de todas las fuerzas sanas de una nueva historia que comienza contra el fascismo, contra los imperialismos, opresores materiales y espirituales de las nacionalidades, contra los mercaderes de la muerte y contra la abyecta diplomacia que levanta el cadáver de la humanidad, que prepara la nueva guerra; en fin, contra todos los elementos negativos, degenerados y antihistóricos de la actual sociedad, que se aferran a la voluntad de seguir disponiendo de los destinos de la humanidad.

Y todo esto hace centrar nuestra atención en la actualidad política de España donde por primera vez va a celebrarse el 1.º de mayo bajo el signo de la unión de todos los antifascistas, bajo la protección oficial de un gobierno de Frente Popular, en defensa y consolidación de las libertades democráticas del pueblo.

El pueblo español celebrará en el 1.º de mayo de 1936 la victoria reciente del 16 de febrero. Y esta fecha tendrá, más que un carácter de victoria, un hondo sentido de lucha, de conciencia vigilante ante los manejos de un enemigo que aún no ha muerto. Sellará su voluntad unánime de continuar la lucha hasta el final hasta acabar con la propia sombra y esencia de la reacción y el fascismo, hasta hacer imposible cualquier reencarnación ulterior. El pueblo español, con el proletariado organizado al frente, luchará por la democracia, pero por la democracia entre los capaces de desarrollarla hacia estadios superiores de convivencia humana. Lo demás debe ser arrasado sin piedad.

El 1.º de mayo debe ser, además, motivo de reflexión para las fuerzas antifascistas no proletarias. Jamás deberán olvidar todos los beneficios de la nueva situación, cuando presencien el desfile de las masas proletarias con el puño en alto que nada deben a constituciones, legalismos ni personalidades representativas; que fueron esos mismos hombres oscuros y humildes hundidos en las fábricas o en los pozos de las minas quienes, cuando el fascismo católico desarrollaba su estrategia para el golpe final, se insurreccionaron en octubre de 1934 y pararon con sus pechos la avalancha reaccionaria, firmando con su sangre el avance de ahora. En cada mente, en cada sensibilidad debe levantarse un testimonio, hondo y emocionado a estos mojones sangrientos de abnegación humana que van señalando el camino histórico.

También en la plaza Roja de Moscú, se manifestarán este año millones de proletarios armados. Pero en la U. R. S. S., país de la dictadura victoriosa del proletariado, donde por medio de los Soviets, los obreros y campesinos ejercen el poder del Estado; donde las fábricas, las tierras, las minas, todos los medios de producción de riqueza están en sus manos; allí donde los hombres que trabajan y piensan son dueños de sus propios destinos, tampoco allí, repetimos, es aún una fiesta el 1.º de mayo. Y no podrá serlo mientras tenga necesidad de mantener en pie de guerra al más formidable ejército que hayan conocido los tiempos, mientras el proletariado armado tenga que estar sobre aviso a cualquier pretexto, a cualquier provocación de los imperialismos emboscados prestos a despedazar el nuevo régimen.

Y en fin, el 1.º de mayo no será una fiesta, hasta que, desarrollada la gesta heroica de los trabajadores y antifascistas hasta sus últimas consecuencias revolucionarias, se llegue al establecimiento definitivo de una sociedad sin clases antagónicas, basada en la comunión de todos los hombres, en el calor fraterno y viril de la vida adelante.

«NUEVA CULTURA»

EL PROBLEMA AGRARIO EN ESPAÑA

A TRAVES DE LA HISTORIA

La historia agraria de España se basa tradicionalmente en la propiedad común y no individual de la tierra. Para el hombre de Castilla, sobre todo, la tierra no es de nadie, porque es de todos. La leña para la lumbre, las bellotas para los cerdos, las hojas para lecho de las vacas, son propiedad suya, pero el suelo no puede apropiárselo sin expoliar a los demás. Lo único que es suyo es el beneficio que la tierra que él cultiva le produce.

Este sistema, llamado colectivismo agrario, es tradicional en nuestro país. Son numerosísimas —y algunas serán aquí citadas— las disposiciones reales reconociéndolo, en la Edad Media y aún en la moderna. Los reyes prohibían el subarriendo de tierras, la acumulación de bienes, por lo que ningún labriego podía apropiarse más tierras que las que por sí mismo pudiera cultivar. La apropiación del suelo era a condición de labrarlo, y si dejaba de hacerse así dos años seguidos, cesaba todo derecho sobre él. Muchas otras medidas de este carácter, serán examinadas a su tiempo.

Existe una verdadera escuela de pensadores, desde Luis Vives en el siglo XVI a Flórez Estrada en el siglo XIX, que subordinan la propiedad de la tierra al interés de todos los hombres. El suelo, como el aire —dicen— es un «don de la naturaleza» al que no alcanza el derecho privado.

La propiedad territorial de la tierra, fundamento de la economía agraria de nuestros días, no tiene en España ninguna tradición. Su origen «legal» está en el siglo pasado —Cortes de Cádiz (en 1811), ley de desamortización del 1 de Mayo de 1855—. Demasiado cerca para que no encontremos contundentes razones, históricamente ciertas, contra su legitimidad.

EDAD ANTIGUA

Las tribus ibéricas

Un historiador romano, Diodoro Sículo, habla del pueblo de los Vacceos, que habitaba la cuenca del río Duero (las actuales provincias de Burgos, Valladolid, Palencia, Segovia y Zamora). Los vacceos

distribuían entre sí las tierras de labor para cultivarlas, y, poniendo luego en común los frutos obtenidos por todos, adjudicaban a cada uno su parte. La máxima pena aguardaba a los que restaran algo al acervo común.

Es esta versión de Diodoro la más antigua noticia histórica sobre el régimen agrario español. En España, como en los orígenes de todos los pueblos civilizados, encontramos, antes que cualquiera otra estructura histórica, la comuna rural y la tribu, con su régimen de propiedad colectiva sobre el suelo.

Las tribus ibéricas resistieron las invasiones de los celtas y pudo salvarse y

diciones españolas, respetando la antigua organización comunal de las tribus, que respondía a la naturaleza del suelo ibérico. Fué Tiberio Sempronio Graco. El historiador Appiano de Alejandría nos refiere que «congregó a los pobres en lugares repartiendo tierras a todos, e impuso a todos los pueblos una constitución precisa y regular, que los ligaba a Roma por vínculos de alianza y amistad, sellados con juramentos recíprocos».

La intervención de Tiberio Sempronio Graco (1) procuraba resolver el problema social planteado por la invasión de los celtas. Las tribus ibéricas trabajaban nuevamente sus tierras y la organización ro-



perdurar la constitución agraria primitiva, sobre todo en Castilla, menos en contacto que el Levante y el Mediodía con fenicios y griegos. Invasiones más violentas hicieron peligrar en regiones vastísimas, como la zona comprendida entre el Ebro y el Tajo, el régimen de tribu, obligando a los naturales del país a vivir como colonos o clientes de los invasores.

La colonización romana

Había, pues, tribus independientes que conservaban su régimen tradicional, y tribus que lo habían perdido, expropiadas por los invasores (celtas y luego cartagineses). Esto nos aclara la diferente actitud de unas y otras tribus ante la dominación romana. Los clientes de los antiguos celtas y los que Amílcar reclutaba para sus ejércitos, se declaraban súbditos de Roma, a cambio de tierras que cultivar. Las tribus que nada esperaban de Roma —nada bueno—, resistieron durísimamente a los ejércitos romanos. Cuando los pueblos ibéricos se dieron cuenta de que Roma no iba a darles una organización social más justa se rebelaron también contra los romanos. Es el caso de Viriato, que lucha contra Roma en lucha social, más que de independencia, cuando los crímenes de Galba decían paladinamente lo que podía esperarse de la nueva invasión colonizadora.

Un pretor romano hubo que comprendió qué camino era el de la paz bajo la bandera de Roma. El camino de las tra-

mana estimuló las relaciones con los mercados exteriores. Fué un período de prosperidad y engrandecimiento, que acabó cuando, constituido el Imperio, la centralización, que significaba el latifundio como base del sistema agrario, desplazó de sus parcelas a los labriegos. Esto en Roma y en todas las provincias del Imperio.

(1) No conocemos con certeza el alcance de sus reformas. El pasaje de Polibio que la detallaba, se ha perdido.

«Dos grandes instituciones esencialmente castellanas han llegado, con mayores o menores quebranto, hasta nuestros días. Una de ellas es la Mancomunidad de la Sierra de Cuenca, que en el año 1777 concedió Alfonso IX a los pueblos, villas y aldeas de la Sierra. La constituyen en la actualidad 125 pueblos o aldeas que tienen el disfrute o aprovechamiento gratuito de los productos de la Sierra, en una zona que comprende 60 leguas cuadradas de terreno. La comunidad administra y disfruta los productos de 20 montes, en los que pueden pastar 42.800 cabezas de ganado lanar, 3.800 de ganado cabrio y 765 de ganado mayor».

Pedro Corominas: «El sentimiento de la riqueza en Castilla»; págs. 142 y 143. Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 1917.

«En el espíritu de esa legislación, el derecho a la tierra no se diferencia absolutamente en nada del derecho a las aguas manantes y corrientes, a los materiales de las canteras, a las hierbas, leñas y madera de los montes; riquezas todas espontáneas que la naturaleza ha criado y tiene «expuestas, como diría Vives, en esta gran casa del Orbe, sin cerrarlas con puerta ni vallado, para que sean comunes a todos sus hijos», y cuyo derecho, por lo tanto, dimana exclusivamente de las necesidades de éstos, naciendo y acabando con ellas».

Joaquín Costa: «Colectivismo agrario en España», tomo II, pág. 437.

El régimen municipal

Sin embargo, antes de que la política centralizadora llevara al Imperio romano a su ruina, la República romana de los siglos II y I antes de Jesucristo había seguido un camino muy distinto. Roma había concedido a las ciudades conquistadas plena autonomía política, administrativa y judicial. La antigua organización colectiva de las tribus, superada por la perfección organizadora de Roma, origina el municipio. El régimen municipal es uno de los pilares esenciales de la sociedad española. En la Edad Media, el nuevo Estado, que iba formándose a expensas del poder político de los árabes, en el municipio se fundamenta. Su examen exige especial atención, pues la misión histórica del municipio no ha terminado todavía. La tradición municipalista de nuestro país, esencialmente autonomista, que el centralismo de Austrias y Borbones no ha desarraigado de nuestro suelo, permitirán al futuro Estado socialista la organización de los Soviets sobre la base de los antiguos municipios.

EDAD MEDIA

El régimen comunal se mantuvo en casi todo el territorio peninsular, pues la tendencia centralizadora del Imperio romano y el influjo de la dominación visigoda en la estructura social de los pueblos ibéricos, afectó solamente a una parte reducida de la población. Los árabes respetaron el régimen colectivo, dejando a los labriegos el pacífico cultivo del suelo, que ellos labraban colectivamente también por su concepto de la propiedad territorial contrario, como de nuestro, al derecho romano.

Los tres tipos fundamentales de colectivismo agrario que coexisten durante la Edad Media son el de presura y escalio, el de coto fijo y el de sorteo periódico de la tierra.

Derecho de presura

Tanto los Fueros generales de Aragón, Valencia y Vizcaya, Usages de Barcelona y Ordenamiento de Alcalá, como los Fueros locales de Barbastro, Navarrete, Logroño, Portugalete, Miranda de Ebro, Soria, Cáceres, como las Ordenaciones municipales de Zaragoza, Teruel, Tarazona, Tortosa Lorca (y muchos más, que harían la cita interminable), reconocen como régimen legítimo de posesión de la tierra, el sistema de presura y escalio. Consiste en el derecho a ocupar, para trabajarla, la tierra no cultivada. Pero este derecho no permite traspasar ni arrendar a otro el terreno. La posesión de la tierra depende de su cultivo, y cuando no es aprovechada, caducan todos los derechos a ella. Habiendo quedado inculta, cualquiera puede, libremente, tomarla para el cultivo. Se basa este régimen en un con-

cepto de propiedad fundamentado en el trabajo del suelo. En su forma primitiva, que encontramos en el origen de la sociedad, no interviene autoridad ninguna en su realización. El que quiere trabajar la tierra, acota de la poseída por su comunidad la porción libre que puede poner en labor con su trabajo personal y el de su familia, y lo labra mientras quiere, sin que nadie pueda impedirsele. Más tarde, organizado ya el Estado, éste interviene para asegurar el cumplimiento del derecho de presura.

Indicaremos brevemente algunas de las disposiciones recogidas en los fueros sobre la cuestión (2). El rey de Navarra y Aragón Sancho Ramirez, en un fuero de la villa de Arguedas de 1092, dice: «...podéis escaliar (escaliar, hacer escalio o presura) en la bárdena o en las tierras yermas que quisierais. Y mando que en vuestras **pressenes** no entre otro hasta el cabo de diez años» (3). En 1068 el Conde de Barcelona Ramón Berenguer, en uno de los Usajes u observancias de la ciudad, establece qué bienes son de dominio público (aguas manantiales y corrientes, dehesas y montes de pasto, bosques, garrigas y rocas) para que «fuesen perpetua dotación y común aprovechamiento de sus pueblos». Los fueros de Valencia declaran de uso público y gratuito las tierras aún no labradas por los moros, pudiendo ser ocupadas y cultivadas «sin pedir licencia». El Fuero aragonés declarado por Don Jaime el Conquistador en las Cortes de Huesca del año 1247, estatuye que «todo aquel que señale un terreno e monte, yermo, y lo roture en seguida dentro de los sesenta días al del señalamiento, lo hace suyo; pero que si deja transcurrir ese término sin haberlo labrado, el señalamiento queda sin efecto, y cualquier otro vecino del mismo pueblo puede ocuparlo y disfrutarlo en la misma forma». En Castilla, la fórmula usual nos la da el Fuero de Logroño de 1095, del reinado de Alfonso VI, doctrina repetida en el reinado de Alfonso VIII con el fuero de La Guardia (Alava) de 1164, la confirmación del Fuero de Madrigal de 1168; en el de Alfonso IX con el Fuero de Llanes, y en muchos casos más.

Sistema de cotos fijos

Lo establecía el Estado o el Municipio, que conservaba el dominio directo de la tierra, cedida a una familia para su sustento, a cambio de una renta. El cultivo era personal. La tierra no podía ser dada, ni vendida, ni arrendada, ni gravada con ninguna hipoteca o cualquier otra clase de cargas, ni dividida en parcelas, ni unida a otra colindante. Abandonado más de dos años el cultivo o el pago de la renta, caducaba todo derecho sobre el suelo. Las repoblaciones de la Alpujarra (siglo XVI) y Sierra Morena (siglo XVIII), que serán relatadas más adelante, fueron resueltas por esta fórmula de los cotos nacionales.

Sorteo periódico de tierras comunes

Una modalidad del derecho de presura es la que establece un reparto periódico de las tierras cultivables. La tierra se

(2) El carácter del presente trabajo, que no pretende descubrir nada, sino popularizar la realidad histórica, deliberadamente eludida por nuestros historiadores, tan «objetivos», hace imprudente las referencias más exactas o incunables, recopilaciones forales que el lector no especializado no ha de comprobar. El libro de Joaquín Costa, *Colectivismo agrario en España*, ofrece una amplia bibliografía a los que quieran ampliar estas noticias históricas.

(3) Para facilitar su interpretación, se ha traducido al castellano moderno. *Pressenes* es la manera navarra de decir presura. Los catalanes decían adprisión, tierras frescas los aragoneses, *presura* en Castilla. Una prueba más de la extensión que el sistema había alcanzado en la Península.

distribuye periódicamente entre los cabezas de familia, de manera que no reciban tierra de desigual valor para la labranza, para lo que cada uno recibe tres parcelas situadas en sitios distintos; cada parcela es de una clase de terreno y apta para cultivo diferente. En casi toda la península puede encontrarse vivo todavía el recuerdo de este régimen territorial. Citaremos algunos ejemplos. En el antiguo reino de León, el partido de Sayago, entre los ríos Tormes y Duero, al que pertenece el pueblo de Gamones, en él era «desconocida la propiedad privada del suelo». En Cataluña y Aragón, los pueblos del Alto Pirineo (Pardinas, Molló, Casals, Broto y otro). En Castilla la Vieja, los lugares de la sierra de Urbión (Quintanar, Canicosa, Vilviestre, etc.). Las «xaras» de Asturias y «rozas» de Burgos y «labranzas» de Castilla, etc.

El feudalismo y el régimen de colectivismo agrario.

En el Fuero Viejo de Castilla, se declara que de las donaciones de tierras a señores o monasterios están exceptuados «los derechos de monte y suerte, los cuales tienen su principio en la vecindad y consisten en el disfrute de los términos públicos». Este interesantísimo documento no deja lugar a dudas sobre el derecho reconocido por reyes y señores al libre disfrute de las tierras comunales. El que el labriego pagara un tributo al señor (y aun lo frecuente no es eso, sino que sea la comunidad la que lo haga, siendo el vecino personalmente independiente), nada tiene que ver con el cultivo de la tierra, porque el señor tiene sobre el suelo la soberanía, pero no la propiedad efectiva. Si no todo el territorio peninsular, una extensión considerable, pertenecía a municipios libres. Los municipios, que fueron el eje de la política española desde el siglo XII hasta el término de la Edad Media, y cuyos bienes, propios y comunes, fueron respetados hasta el siglo XIX, acabaron con el feudalismo. No fué la burguesía industrial y comercial, como en la Europa occidental, el nuevo factor histórico que abría una nueva edad. Salvo en los Estados orientales, esa burguesía no existía en España en el siglo XV. Pero había unos Concejos que llevaban a las Cortes su influencia decisiva, su robustez. Los municipios tuvieron sus milicias, que ayudaron eficazmente a los Reyes Católicos en su lucha contra la nobleza. La centralización y las empresas guerreras de los reyes españoles de la casa de Austria secó la rica organización municipal que había preparado la madurez política de España en el siglo XV y a la que habrá de volver cuando el pueblo instaure su gobierno.

JOSE BUENO

(Continuará)

«El rey Alfonso el Sabio, en 1265, concedió privilegio a los pobladores de Coria del Río sobre TODOS los bienes del término «en los que habían de tener derecho comunal y privativo todos los vecinos del pueblo»; cuyo privilegio fué reconocido y confirmado sucesivamente por el Rey Don Sancho y los Reyes Católicos».

(Joaquín Costa: «Colectivismo agrario en España». Tomo II, pág. 361).

«E doquier que estos pobladores fallaren tierras desiertas dentro de su término non labradas, labrenlas; e doquier que fallaren yerbas para pacer, pázcanlas, e eso mesmo ciérrenlas para facer feno e para que pazcan los ganados; e doquier que fallaren aguas para regar huertas o viñas, o para sus molinos, o para sus huertos, o para otras cosas que les menester nacieren, tómenlas; e doquier que fallaren leñas, e montes, e árboles, para quemar o para hacer casas, o para todo lo que menester les hiciere, tómenlo sin ninguna ocasión».

(Privilegio de 1287 al Concejo de Hienestrosa).

GEORGICA

DE LOS HOMBRES SIN TIERRA

Alta cala del aire ausente y disyuntiva de abisales contornos superlativamente longes;
furtiva y trashumante lejanía abombada que apuntala la paja de sol con sus fosoques;
placenta de las nubes, vericuetos sin nombre; linterna de los iris, y flámula de los montes;
tamboril de los truenos; tramoyista de los horizontes; cedazo de las nieves, y de los vientos odre;
pizarra esmerilada de las cotizaciones celestes y de meteorológicas informaciones,
donde «el zaragozano», sin editarlo, está en imponderables montones (el de todos los años) para que Dios los cobre
invencibles solares sin Le Corbusieres, ni Anasagastiso ni fabricantes de arquitectónicos bodoques;
baldíos cuyos etéreos limos no hay líquines, ni musgos que con verdes los coloren;
caminal de Santiago, hollado por bordones, cuyos peregrinitos, llegar, no llegan nunca, donde el apóstol dice que le adoren,
y cuyas conchas y calabazas, en las tabernas y en los ultramarinos, cayeron en años cuya data, de tan vieja, no se conoce.
Cielo alto, muy alto, tan alto y tan lejos de la tierra, que en el reparto de los célicos dones,
a tierra, nunca llega nada. (Yo supongo —imperativo de lo épico— que hay muchos pedigüños y es difícil que sobre
¡Que lo advierta, quien le toque, y se publicará telegráficamente en «Las Naciones»,
en la de aquí y en la de Buenos Aires, en «Les Cahiers», de Rainer María Rilke, o en el «Berliner Illustrierte Zeitung», que es ser-
[villeta y solar de aristocrático water-closet.]

nefable cuartel de lo versátil y perenne, campo de concentración de serafines y denominaciones miríficas y nobles;
plantel de las tortas y las mieles (más dulces) que los bienaventurados para su regalo comen;
redonda mesa donde los soles son anfitriones.

Cielo de plata, cielo de terciopelo azul, cuna eterna que mecerá a los hombres,
su muertevida de semi-angelotes.

¡Silo de la post-mortem!

(Cielo y tierra nada más, dice de España, quién la conoce de la meseta a los bordes.)

Tierra, tierra, tierra, tierra, tierra, tierra, tierra, tierra, tierra, tierra,

tierra de cantos esquivos a hombres y cabrezuelas,

canchales y canchales, ralas y agudas peñas, sin trochas, ni veredas.

Sierras como castillos: urdimbre recia de la médula berroqueña.

Montes de fuego, ardiendo con rescoldo eterno, por siempre y para siempre: piedras.

Calveros adustos sin polvo: canteras de lo heroico —cuando el hambre aconseja—,
altas tierras incólumes númenes del cardo y de la estepa, nublados de basálticas roquedas.

Cármenes del silencio tremendo del alerta; de lo abrupto, troneras.

Encías donde monolitos cariadados asientan,

Picos que taladran y simas inversas.

Dedos de unas manos que nunca se cierran.

Asperas tierras, tierra de piedras venerables en su inclemencia.

Tierras proscritas de la anaquelería celeste, por ser tierras,

y que meando su impaciencia de siglos y décadas

hacen que las montañas, sean las madres de las tierras de cultivo y de las huertas;

secanos por donde las rejas como un falo entran.

Las montañas son las fuentes de todas las tierras, y éstas, las segundonas de todas las gestas.

¿Las tierras del llano? ¡Puah! Basura de montañas y malezas. Linazas para emplastos. Sementeras.

Tierras

que los pobres empujaron y vertieron por cañadas y tormenteras desde las cumbres cimeras.

Labor torpona de pobres ahincada y faunesca;

tierra aburujada y muelle, para preñarla de siembras.

Menguado solar paupérrimo para asentarse las glebas.

Tierras de surcos solemnes, esquilmada por las rentas.

«Hemos llegado al álgebra superior de la democracia», afirma el catedrático don José Ortega.

Hay que advertir, que entre nosotros, apenas se conoce la aritmética,

y con los dedos se cuenta y siempre nos sobran dedos, cuando ajustamos las cuentas!

Los hombres son unos brazos que arañan tierras y piedras,

que nunca sobre gañotes como carlangas aprietan.

Los hombres son unos brazos pegados a la mancera...

Son 10 millones de hectáreas cultivadas, y de esteparias, cuarenta.

Tierras de pobres y ricos. ¡De los ricos son las tierras!

Agudas curvas brillantes se levantan de las gredas,

mientras que los campos todos, se aborrascan de miserias,

y los gladios de los surcos —¡Tierra resurcada y vieja!—

abonados con blasfemias

van haciendo más agudos

los aceros de las rejas,

para cancelar los campos de la usura y sus gavelas!

Albas de todos los soles, alumbrarán las faenas.

¡Toda la tierra de surcos, hogaño, ya será vuestra!

MIGUEL ALEJANDRO



Es la tradición con sus siniestros fantasmas que se levantan de los pudrideros, con sus cruces ensangrentadas, con sus cruces latinas y romanas, con las cruces de fuego y gamadas y todas las cruces siniestras clavadas en el corazón de todos los pueblos. Las cruces siempre están clavadas en las entrañas de todo lo bueno; las cruces rien y están contentas en los pudrideros. Es una cruz gamada la que hizo cementerios para enterrar hombres vivos. Las cruces rien cuando tienen hambre los pueblos; las cruces lucen y están contentas en el corazón de todos los hombres siniestros; las cruces sólo se rinden a los poderosos del dinero.

Esta es la tradición que las cruces levantan con fantasmas y asesinos a defender al capitalismo que se hunde y ahoga en un río de sangre que cruza el mundo de campesinos y obreros.

Por el cielo fueron siempre en España los milagros y las tormentas continuas de la maldición penadas de tantas invocaciones al Altísimo en una vida de desgracias nacidas de tanta fatiga y de tanto pedir lo que Dios nunca les pudo dar: el pan y la vida; lo impidieron los civiles por voluntad de los amos de esta tierra que de ella hicieron cementerio abierto para tragar vidas de campesinos cuando lo están con los riñones quebrantados de no levantar cabeza, que se lo impidieron los yunques cuernados de esta guardia civil española que de luto tiene llena hasta la última cabaña de pastores. Es la negra venganza de la inquisición que perdura en ellos en fantasmas vivientes que ellos mismos crearon para sembrar terror inmenso a los hombres rebeldes y a los desesperados de no poderse quitar de encima los siglos de venganza que de caciques y verdugos que España tiene: hombres y mujeres, los que se ganan la vida trabajando, matad pronto a estas alimañas con cuerpo de corambre hinchados, faltos de un corazón y con un pantapájaros en las manos en símbolo de cruz y ahorcado.

CUATRO DIBUJOS POLITICOS DE ALBERTO SANCHEZ



Es la siesta eterna del orden y la patria de los cretinos, los que están eternamente sentados y requetesentados; eternamente en fila como muertos amortajados en trajes nuevos, con miradas frías y estúpidas de cuervos hiposos de comer carroñas muertas. Siestas de vientres hinchados, levántate o te levantaremos de una vez para siempre a recoger todas las vanidades en flor de trapo que hay en todos los cementerios del mundo y os enterraremos con ellas, después de haberos ahogado en vuestra propia sangre azul lechoso sedoso, color de viejas y monjas muertas; y cuando este cieno te oculte, te tiraremos coronas de plumas de gallina huntadas de betún negro, restregadas con salivas en zapatos viejos y con una hermosa cinta que diga: "los cristianos de España, los de la represión de Asturias, a nuestro divina papa el alcahuete mayor del mundo."

No son fantasmas vanos, son los espíritus monstruos con aficciones cristianas los que aprendieron a manejar cristos igual que puñales y pistolas; son los monstruos que se clavan de rodillas y piden a Dios amparo en sus explotaciones y crímenes hechos con orden y salvando siempre la patria, las patrias de las buenas familias, las que se hicieron escalonadas de traiciones y crueldades hechas de una leche que fué sangre podrida de los místicos conventuales y con esas mujeres que se dicen grandes amas de casa y que son como los excrementos secos cagados por arrieros entre ortigas, a los pies de todas las antiguas iglesias y murallas.



MARX

Y LOS REALISTAS DEL SIGLO XIX

Frantz Mehring, al analizar en su «Historia de la socialdemocracia alemana» los «gustos literarios» de Marx y de Lassalle, los caracteriza del siguiente modo: «Cuando se compara a los escritores preferidos por el uno y por el otro, la diferenciación inmediata, resalta con gran relieve. Marx prefería a Homero, Dante, Shakespeare, Cervantes y entre los modernos a Balzac. Para Lassalle, Hutten, Lessing, Fichte eran los preferidos y Plateu entre los modernos. Vemos aquí con claridad dos géneros de tipos literarios radicalmente opuestos y diferenciados.»

El testimonio de Mehring subraya el gran valor que Marx atribuía a las obras de los grandes escritores realistas del pasado. Esto confirma todo lo que Marx había dicho sobre Homero, Cervantes, Shakespeare, sobre el arte del Renacimiento y sobre los escritores realistas de la burguesía ascendente de los siglos XVII y XVIII. En todas sus apreciaciones sobre la literatura, Marx y Engels han destacado constantemente la representación verídica de la realidad, el estudio profundo y la representación exacta de las relaciones reales, la revelación de las tendencias que conducen a esta realidad, y al mismo tiempo, exigen del escritor adherido a la clase obrera, el no representar la realidad de una manera pasiva, estática y fotográfica, de no tratar el realismo como un cierto objetivismo por encima de las clases. La célebre carta de Engels sobre Balzac es la mejor prueba de la forma en que los fundadores del comunismo específico comprendían el realismo en la literatura: «Desde mi punto de vista, el realismo sobreentiende, aparte de la veracidad en los detalles, una exacta transmisión de los caracteres típicos y de las circunstancias típicas, es decir «de aquellas circunstancias que los rodean y que los obligan a actuar».

El propio Marx era, en su obra, uno de los más grandes realistas. Lafargue, que conocía muy bien el «laboratorio experimental» de Marx, nos da la siguiente descripción de su método de trabajo: «Vico ha dicho: «Toda cosa no es un cuerpo más que para Dios, que todo lo sabe; para el hombre, que sólo concibe las formas exteriores de los acontecimientos, esta cosa resulta superficial.» «Marx —continúa Lafargue— concebía las cosas a la manera del Dios de Vico. No solamente veía la superficie, sino que penetraba en el interior, estudiaba las partes integrantes en sus manifestaciones y reacciones recíprocas. Marx aislaba cada una de estas partes y vigilaba la historia de su desarrollo, pasando luego de la cosa a su ambiente y observando la acción de este último sobre la cosa y viceversa. Volviendo de nuevo al nacimiento del objeto, a su transformación, a su evolución y revolución, alcanzaba sus más lejanas manifestaciones. A sus ojos no era este un objeto separado de sí y en sí, que se erigía sin ligazón con el medio-ambiente, sino todo un mundo complicado en movimiento constante. Y Marx se esforzaba en representar este mundo en sus diversidades y en sus acciones y reacciones en incesante cambio. Los escritores de la escuela de los Flaubert y de los Goncourt se quejan de las dificultades que se erigen ante el artista en su intento de traducir lo que sus ojos ven.

Pero lo que estos escritores intentan traducir no es otra cosa que esa superficialidad de que habla Vico, no es más que una impresión recibida por ellos. Su trabajo literario es un juego en comparación con el de Marx. Precisaría una fuerza de pensamiento extraordinaria para comprender de manera tan profunda las manifestaciones de la realidad, haría falta un arte no menos raro para traducir lo que Marx veía y quería demostrar.»

«Marx jamás estaba satisfecho de su trabajo —nos dice Lafargue—; hacía continuamente correcciones ulteriores y siempre encontraba que su exposición no expresaba su intento con claridad suficiente. Marx reunía en sí las dos condiciones necesarias a un pensador genial. Era un maestro consumado en el arte de descomponer un objeto en sus partes integrantes, de restablecerlo seguidamente con todos sus detalles y en las diversas formas de su desarrollo y de demostrar su dependencia interna. Sus demostraciones no eran, en manera alguna, abstracciones puras como afirmaban los economistas, incapaces de pensar; su método no era un método de geometría, que apoyando sus demostraciones en el mundo-ambiente, se apartase completamente de la base real, estableciendo sus conclusiones.»

Es por esto por lo que Marx pudo decir que sus obras representaban por sí mismas «un conjunto artístico». En su carta a Engels del 31 de julio de 1865 y en la que habla de la marcha de su obra «El Capital», Marx escribe: «Cualesquiera que sean los defectos que contienen mis obras, tienen éstas una cualidad: la de presentar «un conjunto artístico». No se puede conseguir esto más que por medio

de mi método: no dar la obra a la imprenta hasta que esté completamente terminada sobre la mesa. No puede obtenerse esto con el método de Jacques Grinne, el cual conviene más pronto a aquellas obras que no representan por sí mismas una totalidad dialécticamente desmembrada.»

Volviendo nuevamente a la opinión de Marx sobre los grandes realistas de su tiempo, es preciso subrayar una vez más que Balzac ocupa el lugar preferente, según la propia expresión de Lafargue, en la cual dice que Marx coloca a este escritor «a mayor altura que a cualquier otro romántico». Y a una tal altura lo consideraba Marx, que se proponía —dice Lafargue— escribir una crítica sobre él tan pronto como acabase su libro sobre economía política. Según la opinión del gran economista, Balzac no fué solamente un escritor de las costumbres de su tiempo, sino también el creador de aquellas preimágenes-tipos, que se encontraban aún en germen bajo Luis Felipe y que alcanzaron su desarrollo ulterior bajo Napoleón III. Es tal la importancia que Marx y Engels dieron a Balzac, que afirmaban que las obras de este escritor les habían dado más orientaciones, «incluso desde el punto de vista de los detalles económicos», que los libros reunidos «de todos los historiadores, economistas y estadistas profesionales de aquel período (1816-1848)». Marx y Engels estimaban que «una de las más grandes victorias del realismo y una de las mejores particularidades del viejo Balzac «la constituía—dice Engels— el hecho de rebelarse «contra sus propias simpatías de clase y contra sus prejuicios políticos», el hecho de que Balzac ha vislumbrado la ruina inevitable de sus amados aristócratas y los ha descrito como gentes que no merecen mejor suerte y, en fin, en el hecho, más positivo todavía, de que el escritor ha sabido ver a los verdaderos hombres allí donde, en esta época, solamente podía encontrarseles.»

Esta apreciación del realismo de Balzac por Engels es confirmada por las declaraciones conservadas en las obras de Marx.

Tanto en «El Capital» como en la correspondencia de Marx, Balzac no era «el convidado de piedra». Así, en el tomo I de «El Capital» donde se dice que la retirada del dinero de la circulación hubiera estado en oposición directa con su empleo capitalista, y que la acumulación de mercancías, en el sentido de amontonar tesoros, constituye un contrasentido, Marx hace la siguiente indicación: «Así, en Balzac, que ha estudiado profundamente toda la gama de la avaricia, el viejo usurero Gobseck es descrito, en el período en que comienza a acumular en sus almacenes las mercancías recogidas, como recaído en la infancia». Y en el primer capítulo del tomo III de la citada obra, en donde se habla de los gastos y beneficios de la producción, y en donde se subraya el hecho de que en el estado social en el que reina la producción capitalista, hasta el propio productor capitalista se somete a las concepciones del capitalismo, Marx emplea como ejemplo la siguiente alusión a Balzac: «En su última novela «Los campesinos», Balzac es notable sobre todo por su profunda comprensión de las relaciones reales. El novelista representa vivamente a un campesino medio que realiza gratuitamente toda clase de trabajos para su usurero a fin de conservar su benevolencia, pensando al mismo tiempo que no regala nada al usurero, pues su trabajo nada le cuesta. De esta forma el usurero mata dos pájaros de un tiro: se libra de los gastos en salarios y al mismo tiempo enreda más y más al campesino entre las mallas de su red de usura, el cual desviado paulatinamente de su trabajo personal se arruina rápidamente.» En sus cartas a Engels, Marx habla también de Balzac. En la del 25 de febrero de 1867, escribe: «Con respecto a Balzac te recomiendo que leas «La obra maestra desconocida» y «Melmotte reconciliado». Son éstas dos pequeñas obras maestras llenas de una ironía encantadora.» Y en su carta del 14 de diciembre de 1868, dice: «En «El Cura de la Aldea» Balzac escribe: «Si los productos industriales no tuviesen un valor doble al de su confección el comercio no podría existir». ¿Qué me dices a esto? Estas últimas palabras demuestran los extraordinarios conocimientos de Balzac en el dominio de la economía.»

Todas estas consideraciones de Marx sobre Balzac se remontan a la época en que trabajaba en «El Capital». Pero Marx conocía ya perfectamente a Balzac desde 1840; y no solamente lo conocía, sino que ya entonces lo aconsejaba como modelo a los escritores de la clase obrera. Cuando el más notable de entre éstos, George Veyher, se trasladó al «cuartel general» de la revolución en Bruselas, y sus obras se hallaban ya bajo la influencia ideológica directa de Marx y Engels, se puso a trabajar en una novela en la que quiso representar los acontecimientos históricos contemporáneos, el desarrollo de

la burguesía, la organización del partido obrero y la inminencia de la revolución. Los realistas franceses, entre los cuales distinguía a Balzac, debían servirle como modelos artísticos. «Habiendo terminado de estudiar el comercio, la industria y la historia —escribía Veyher a su hermano— emprendo el estudio de la literatura francesa. La literatura de la novela es muy importante; en este dominio los franceses juegan el papel de «matadores»... Y lo que, sobre todo, tiene más importancia, es que la nueva novela francesa da una imagen exacta de la sociedad actual.» Es muy fácil de encontrar en estas palabras los consejos y la influencia de Marx.

Pero Marx no estaba únicamente al corriente de la literatura realista francesa contemporánea, sino que conocía igualmente a los americanos, ingleses, italianos, alemanes y hasta a los rusos. Podemos señalar el artículo de Marx aparecido en «La Tribuna de New-York» del 1 de agosto de 1854, como uno de los atestados más importantes y desarrollados sobre todos estos realistas. Caracterizando a los profesores e intelectuales de la burguesía media inglesa, Marx nos la muestra a través de las obras inglesas de la «escuela realista». «La brillante escuela de los románticos en Inglaterra —cuyas elocuentes descripciones descubrieron ante el mundo entero verdades políticas y sociales de envergadura, como jamás lo hicieron todos los políticos, publicistas y moralistas juntos— ha representado una por una a todas las capas de la burguesía inglesa, comenzando por el «respectable» rentista, propietario de las rentas del Estado, quien considera toda suerte de «negocios» como algo vulgar e indigno, y acabando por el pequeño-burgués, el simple tendero y el plumífero letrado. ¡De qué magistral manera los Dickens, Thackeray, Carlota Bronte y Elisabeth Gaskell han sabido desenmascarar a estas gentes! Hinchida de altivez y de orgullo, de tiranía mezquina e ignorancia, el mundo civilizado confirmó su veredicto estigmatizando a esta clase con un epígrafe infamante: complacientes con los de arriba y déspotas con los de abajo.»

Al hablar Engels del valor del realismo de Thackeray, escribe: «Los principales rasgos que tanto estimaba Marx en las obras de estos escritores eran: la descripción verídica de las «relaciones reales» y de las contradicciones propias de la sociedad capitalista, hábilmente descubiertas y desenmascaradas, a la vez que una rara aptitud en la concepción del realismo burgués e incluso pequeño-burgués.»

En este mismo sentido, la apreciación de Marx sobre los grandes realistas burgueses del siglo XIX se aproxima a su apreciación sobre los realistas del XVIII (Fielding, Diderot, etc.). Balzac, al igual que Shakespeare y Goethe, ha comprendido perfectamente la función social del dinero, ha comprendido «las relaciones reales» establecidas en la sociedad burguesa fortalecida, ha sentido instintivamente y ha visto cuáles de las capas sociales contemporáneas eran las representantes de la dialéctica histórica del desarrollo. Es por esto por lo que Marx opone un verdadero y sano realismo a la literatura moralista pequeño-burguesa del siglo XIX, que tiene como representante característico a un escritor como Eugenio Sué. Los escritores de su género no desenmascaran la dualidad del progreso capitalista, no descubren su hipocresía, sino que, por el contrario, cubren la faz rabiosa del capitalismo explotador con una máscara de virtud pequeño-burguesa; su flirt con los problemas sociales, su sentimiento de «piedad» para con la clase inferior explotada, no es más que la solución hipócrita-moral de la cuestión social «idealismo» e «hipocresía». E. Sué, como sabemos, ha sido destronado por Marx en su obra «La Sagrada Familia». Pero ulteriormente, desde 1845, Marx volvió más de una vez sobre la marcha de estos caballeros del campo de los «críticos moralizadores» y de los «moralistas críticos» de la democracia vulgar.

Destacando constantemente el gran valor del realismo de la burguesía en ascenso, Marx tuvo una muy otra opinión sobre la mediocre literatura de la burguesía de finales del XVIII. Esta literatura, aunque titulándose «positivista» y «realista» no era, en verdad, más que un empirismo rastrero, una literatura encubridora de las contradicciones de la sociedad burguesa, y que además de sostener la idea de la reconciliación entre la burguesía y las clases reaccionarias después de la derrota de la revolución del 48, defendió a la burguesía y a sus intereses contra los ataques de la clase trabajadora.

Marx subraya en varias ocasiones el carácter degradante de esta literatura burguesa así como de la cultura en general de este mismo período, y pone de relieve su sentido refractario a las grandes tradiciones revolucionarias del pasado y a su desarrollo (si hacemos analogía en el dominio de la economía política desde Ricardo-Smith hasta Bentham).

Marx estimaba que en la literatura inglesa, las obras de Martin Tepper, contemporáneo suyo (1810-1889), daban el ejemplo de una literatura ordinaria y mediocre, de renegamiento conciliador, que gozaba de gran popularidad en el campo de los filisteos y pequeño-burgueses. Marx habla de él en el tomo I de «El Capital», diciendo que ocupa en literatura el mismo lugar que Bentham en filosofía, considerando que un tal poeta no es posible más que en Inglaterra. Marx critica con no menos violencia toda la literatura burguesa de la Alemania de finales del siglo XIX, al igual que la poesía llorona y pequeño-burguesa, ligada como una suela de plomo a los pies de la revolución del 48, criticando también las obras de los «realistas» alemanes como Freytag o Spillhagen, sin hacer mención de la literatura reaccionaria de 1850 ni de la poesía patriótica de 1870-71. Podemos citar aquí la crítica de Marx sobre F. Bodenhtedte, uno de los más populares poetas durante los años de la reacción que siguieron al 1850, y sobre Fr. Fischer, esteta hegeliano de esta misma época. Marx habla de ellos en su carta a Engels del 8 de marzo de 1882: «El héroe del can-can Bodenhtedte y el representante de la estética de water-closet, Frederic Fischer, son los Horacio y los Virgilio de Guillermo I.» Es necesario añadir a esto la violenta crítica de Marx sobre R. Wagner, ese «músico» nacional del Imperio de Bismarck del que se maravillan todos los «cultos filisteos» alemanes. A Marx disgustaba en extremo semejante filisteo representante de la Alemania «intelectual», el cual, según la propia expresión de Engels en su «Ludwig Feuerbach», «después de la revolución del 48 se había despedido de los «grandes intereses teóricos» edificándose un nuevo templo en la Bolsa». «El interés teórico de antaño —dice Engels—, fué reemplazado por la preocupación por las plazas lucrativas, por el éxito de oficina y hasta por el más bajo servilismo. Los representantes oficiales de esta ciencia se convirtieron en los ideólogos de la burguesía y del régimen existente en cuanto entraron en lucha abierta con la clase obrera.» La violenta crítica que Marx hace de esta literatura en sus obras y en su correspondencia, encuentra su explicación en el hecho de la «decadencia» de la ciencia, de la cultura y de la literatura burguesas, en el hecho de esa franca defensa de los desencadenados intereses de la clase de los explotadores, y en el mediocre «empirismo rastrero» de esa literatura. Pero esto no quiere decir que Marx y Engels no apreciaran la parte positiva contenida en la crítica de la sociedad capitalista hecha por los realistas (naturalistas) pequeño-burgueses del final del siglo XIX.

La constante acentuación que Marx hace del gran arte realista no quiere decir que no apreciara el romanticismo revolucionario, la poesía revolucionaria políticamente actual, «las pequeñas formas del arte», etc. Enfocar en esta forma la cuestión, es desmentir toda la práctica literaria de Marx, desde los tiempos de «La Gaceta Renana» en 1842 hasta el fin de sus días. Marx reconocía un papel inmenso a la literatura en tanto que factor de instrucción; todos los géneros literarios desempeñaron un papel considerable en su influencia sobre las masas, en la transformación de los individuos y en la educación de la generación nueva. Eleonor Marx nos cuenta cómo su padre leía sistemáticamente a sus hijos los más diversos monumentos de la literatura universal (Hoffmann, Chamisso, Homero, «Los Nibelungos», Hondrun, «Don Quijote», «Las Mil y Una Noches», Shakespeare («La Biblia Familiar»), Mariette Cooper, Walter Scott, Fielding, Goethe, los Heine, Balzac, etc., etc.) y cómo Marx supo extraer de todos estos autores y de todas estas obras lo que más precioso en ellas era, habiendo enseñado de esta forma a sus hijos «a pensar y a comprender».

E. SCHILLER

(Traducción de José Renau).

“ PROBLEMAS DE LA NUEVA CULTURA ”

Es un nuevo aspecto de nuestra labor editorial. La misión de esta revista es plantear a fondo y de manera viva todos aquellos PROBLEMAS de nuestros tiempos que, sin ser de un interés inmediato para la masa de nuestros lectores, son de vital necesidad y urgencia para

nuestras minorías intelectuales, y cuya publicación viene a colmar un gran vacío en el movimiento intelectual de izquierda.

Colaboran en este número:

Arconada, M.^a Teresa León, R. Al-

berti, A. Serrano Plaja, R. Gómez de la Serna, Espina, Cernuda, García Lorca, Ferrero, R. J. Sender, Iduarte, Delano, Altolaguirre, Rosa Chacel, Bergamín, Lecea y León Felipe

68 páginas

2 pesetas

HA APARECIDO EL PRIMER NUMERO: MENSAJE A LA JUVENTUD ESPAÑOLA

ACUSACION FISCAL CONTRA EL GENERAL RIEGO

Publicamos en este número el acta de acusación contra el general revolucionario Riego, por parecernos un documento necesario para conocer a los hombres de acción del siglo XIX. Las vejaciones impuestas por la reacción fernandina no enturbian hoy su postura de liberal romántico. Quiso ser un libertador como Bolívar. España necesitaba también sacudirse tiranías antiguas. América recibe el mensaje de fraternidad de los liberales españoles, y antes de poder contestarlo, Riego y los suyos caen muertos. La Libertad se ha de vestir de luto en todo el trayecto de la España romántica.

Si vuestro fiscal, Serenísimo Señor, hubiera de acusar al traidor Don Rafael del Riego de todos los crímenes y delitos que forman la historia de su vida criminal, manifestando el cúmulo de hechos que califican su alta traición, no bastarían muchos días y volúmenes, que no permiten ni la precisión de una censura, ni las pocas horas que ha tenido el fiscal en su poder la causa, consultando el interés de la vindicta pública en el pronto castigo del mayor de los delitos, y la suma urgencia con que V. A. le ha pasado la causa, cuyos méritos y motivos de su formación le obligan también al fiscal a circunscribirse en su acusación a uno de los muchos delitos de alta traición que, en los hechos revolucionarios en que tanto abunda, ha cometido el traidor Riego, contra cuya vida monstruosa claman, no sólo el verdadero pueblo español, sino todas las sociedades que existen bajo de sus legítimos gobiernos, y reconocen la verdadera autoridad de sus reyes, escandalizadas y aun perturbadas con la facción revolucionaria que ha causado tantas desgracias a la noble nación española, y de que fué corifeo el infame traidor Riego, en el alzamiento de las cobardes tropas destinadas a la pacificación de las Américas, abandonando su misión y proclamando una Constitución anulada por un soberano, como destruc-

tora de sus sagrados derechos y base de un gobierno inductivo de la anarquía y destructor de las leyes fundamentales de la monarquía y de nuestros usos, costumbres y santa religión, como desgraciadamente hemos experimentado durante la ominosa época de la llamada Constitución, de la que fué el primer proclamador el infame Riego, puesto a la cabeza de la soldadesca que mandaba en las Cabezas de San Juan, y en que, obrando contra su rey y señor, faltando al juramento de fidelidad que prestó al pie de sus banderas cuando entró en la honrosa carrera militar, no sólo hizo aquella proclamación, sino que a la cabeza y mandando aquella soldadesca, violó el territorio español obligándolo por la fuerza de las armas a sucumbir a su propia traición, despojando a las autoridades legítimamente constituidas y erigiendo por sí otras constitucionales, por las que entre los rebeldes y faccionarios le trajo el renombre de héroe de las Cabezas, y en cuya empresa continuó después del aciago día 7 de marzo, en que esta corte, con otra facción de rebeldes con el puñal al pecho, obligaron al rey nuestro señor, que como de hecho y sin voluntad adoptase una Constitución que depuraba su autoridad y traía la desgracia a su reino, y por lo que con maduro consejo la había derogado en 1814. Después de este aciago día, el monstruoso Riego estuvo escandalizando una gran parte de la península, presentándose en las plazas y balcones de sus respectivos alojamientos predicando la rebelión, vitoreando al ominoso sistema constitucional y autorizando los mayores crímenes, hijos de una revolución que tantos padecimientos ha traído a la augusta y sagrada persona del monarca.

Si vuestro fiscal, Señor, se viese autorizado y precisado a usar de su alto ministerio, formando a Riego los cargos que resultan por notoriedad y que son capaces de la más completa justificación, patentizaría el cúmulo de delitos de toda especie que han obligado, digámoslo así al pueblo español, a aclamar en todos los ángulos de la península diciendo *Muera el traidor Riego*, a la

par que fervorosamente se aclamaba *Viva el rey absoluto*. Empero, el motivo de la formación de esta causa, y que contiene la Real Orden de 2 del corriente y obra al folio 37, obliga a vuestro fiscal a acusarle específicamente del horroroso atentado cometido por este criminal como diputado de las llamadas Cortes, votando la traslación del rey y de su real familia a la plaza de Cádiz, violando la real persona que se había negado a su traslación, llegando la traición hasta el extremo de despojarle de aquella autoridad precaria que la rebelión le permitía y contra quien se mandó proceder por el Real Decreto de 23 de junio, señalándose en su artículo 3.º a los diputados que tomaron parte en semejante deliberación, mandándose que los tribunales les aplicasen las penas establecidas por las leyes a semejante delito de alta traición, sin necesidad de más diligencias que la identidad de la persona.

Mas en la presente causa tenemos todos los requisitos que en cualquiera otra que no sea privilegiada, se exigen para la imposición de las penas correspondientes a toda clase de delitos, reo conocido y prueba de perpetración. Cuerpo del delito es el horroroso atentado de violentar la persona del rey nuestro señor en la traslación de Sevilla a Cádiz, que llegó hasta el extremo inaudito y sin ejemplar en la nación española, de despojarle de su autoridad, nombrándose una regencia a consecuencia de una proposición hecha en las mismas Cortes por el diputado Galiano, cofrade del criminal Riego, en sus traiciones y delitos de lesa majestad que nuestras leyes condenan con la pena de muerte, infamia y demás que comprenden las leyes del título 2.º, partida 7, concordantes con las de la recopilación. Tenemos como reo conocido de este gravísimo delito al referido don Rafael del Riego, como uno de los diputados que cometieron semejante crimen. Resultando, por último, la prueba de ello, no sólo por lo que informa, con relación a las diligencias practicadas en su averiguación, la sala del crimen de la real Audiencia de Sevilla, acompañando las copias autorizadas que todos los periódicos que redactaron aquella escandalosa sesión del once de junio último, con las listas y demás que acreditan la complicidad de Riego, sino que tenemos su propia y terminante confesión judicial, que constituye en lo legal aquella prueba clara como la luz que hace necesaria la imposición de la pena al delincuente. Y por todo lo cual el fiscal pide contra el reo, convicto y confeso de alta traición y lesa majestad, don Rafael del Riego, la del último suplicio, confiscación de bienes para la cámara del rey, y demás que señalan las leyes citadas. Ejecutándose en el de horca, con la cualidad de que del cadáver se desmembre su cabeza y cuartos, colocándose aquélla en las Cabezas de San Juan y el uno de sus cuartos en la ciudad de Sevilla, otro en la isla de León, otro en la ciudad de Málaga, y el otro en esta corte, en los parajes acostumbrados y principales puntos en que el criminal Riego ha excitado a la rebelión y manifestado su traidora conducta, con condenación de costas, como todo lo pide el fiscal y espera de la justificación de V. A. en satisfacción de la vindicta pública, cuya defensa le está encargada, y como procurador del rey y sus sagrados derechos.

Domingo Suárez, Madrid y octubre 10 de 1823.



Una tertulia literaria en la España de 1850. Cuadro de Esquivel

PEDAGOGIA

LA NUEVA "PEDAGOGIA" NAZI DESTINO ALEMAN

La víspera del plebiscito organizado por Hitler para confirmar su política por un voto masivo del pueblo alemán, se publicó en Alemania un librito extraordinario — una obra destinada a exaltar «estos dos grandes principios inseparables: la necesidad que tiene Alemania de adquirir nuevos territorios y el peligro inherente a la posición del Reich en el centro de Europa.» Esta obra fué distribuida por todas las escuelas de Alemania. Lleva el siguiente título «Destino alemán», y ha sido recomendada a los establecimientos de enseñanza primaria, secundaria y superior.

He aquí cómo se desarrolla el espectáculo del «Destino alemán»: Los alumnos de una clase, con un tono de profundo tristeza, recitan el prólogo de la obra:

*«Mire hacia donde mire,
mi corazón se llena de dolor.
Vejo que la nación alemana
Se halla rodeada, cercada por sus
enemigos».*

Después se levanta un muchacho, avanza solemnemente llevando un poco de tierra en su mano derecha, extendida, y declama: «Este puñado de tierra tiene una significación profunda. La falta de tierra ha provocado muchas guerras en nuestro país y estas guerras han ennoblecido a nuestro pueblo.»

Este librito debe dar a conocer de forma «clara y sencilla la política extranjera del Tercer Reich».

Se verá qué abismo separa las declaraciones del Führer sobre su política extranjera de lo que pretenden los elementos avanzados del partido nacionalsocialista.

El «Destino alemán» exige la adquisición de antemano de un gran mapa especial, hecho de trozos separados, como un rompecabezas, que pueden quitarse o añadirse. Este mapa «par-germánico», incorpora Verdun y Toul al Reich, así como «Viena, la gran ciudad alemana que se encuen-

tra actualmente fuera de nuestras fronteras.»

Un niño acerca el mapa a la pared, mientras todos los demás entonan a coro:

*«Ved el suelo alemán,
Que ha sufrido tantos combates.
Esta es nuestra patria,
Demasiado estrecha para nosotros.
¡Necesitamos más espacio al sol!»*

Y a continuación viene la enumeración de los «constructores» de Alemania.

«¿Quién dió al pueblo alemán las provincias del Este?», pregunta el director del coro con voz estentórea.

«¡Enrique el Cazador, el primero entre los héroes!», responde el coro. Se fijan sobre el mapa los territorios conquistados por este soberano hace cerca de mil años.

Varios muchachos se levantan entonces y se cubren con cascos de cartón. Representan a los caballeros teutónicos que dominaron Polonia en el siglo XIV. Los niños cantan, procurando dar a su voz un tono grave: «Gloria al gran señor Salza, que nos dió Kulm, Thora, Elbing y Werder». (Estos territorios pertenecen nuevamente a Polonia).

Se añaden triunfalmente al mapa estas provincias, mientras los «caballeros» cantan:

«¡Iremcs hacia el Este!»

Viene después el homenaje al gran Federico. Los niños desfilan a paso de oca cantando:

*«¡Federico, tú fuiste grande!
¡Durante siete años desafiaste a Europa!»*

Luego cada niño lanza el nombre de una victoria de Federico II. El mapa se enriquece nuevamente y se canta a coro: «Agradecimiento eterno al más grande de los reyes de Prusia».

El acto II del «Destino alemán» comienza por el mismo prólogo, en tono menor que el primero, sobre Alemania «rodeada, cercada por sus eremigos».

Un niño se sube a una silla y mira en dirección al Este. El coro le pregunta: «Oh, guardián del Este, ¿qué ves?»

«Rusia se extiende a lo lejos», responde el vigía, «sin colinas ni obstáculos».

Una flecha negra dirigida hacia el Este es colocada sobre el mapa. Esta flecha señala el peligro. El «vigía» grita: «¡Las hordas rusas se acercan a la frontera alemana!»

«¡Nunca estarán tranquilos los brutos del

Este?», pregunta el coro. Se añade al mapa otra flecha negra, señalando la frontera de Checoslovaquia.

«Nuestro Führer ha dicho que busca la paz en la noche que rodea a Alemania», exclama el jefe del coro; «si el bolchevismo os a tocar a Alemania, sabremos responderle». Y el coro continúa:

*«El vecino asiático,
pobre y miserable, codicia nuestros bienes;
pero nosotros lo detendremos vertiendo
nuestra sangre».*

El acto III comienza por un breve prólogo:

«Ninguna nación ha visto y sufrido tantas bajas como Alemania, de la que Francia es vecina». Unos «heraldos» avanzan y dicen: «Strasburgo, Toul y Verdun nos han sido traidoramente arrebatadas». Un niño coloca sobre el mapa el trozo que representa Alsacia y Lorena.

El director del coro mide la pérdida y dice:

*«Francia nos ha arrancado esta tierra
Dos veces en cincuenta años.
Los franceses, como hambrientos,
roen el territorio alemán».*

Después exclama:

«¡Amad vuestra patria! ¡Los enemigos cercan nuestro país por todas partes!»

El coro entona: «¡Un círculo de enemigos!» Se coloca sobre el mapa, alrededor de Alemania, un anillo negro.

Los niños forman un «coro de combatientes»; marchan a paso de oca y recitan al unísono:

*«Después de cuatro años, resistimos,
haremos saltar el anillo para alcanzar los
Balkanes».*

(Dos niños levantan, sobre el mapa, una parte del anillo negro).

«Causando el terror de nuestros enemigos, provocando el asombro del mundo entero, que jamás ha visto nada parecido».

Un niño pregunta entonces:

«¿Se ve el fin de nuestras desgracias?»

El coro responde fortísimo:

«¡Alemania, la vida de tu país ante todo!

Nada interesa como no sea Alemania; si Alemania muere, tú también morirás, pues todo hombre debe morir por su nación».

Los acordes del «Deutschland über alles» dan fin al espectáculo y, después del recreo, las clases se reanudan normalmente.

UN TEMA DE ENCUESTA

El presente artículo de André Gide, que traducimos de «Commune», revista editada por nuestros camaradas de la A. E. A. R. de París, ofrece a los maestros y educadores un magnífico medio para conocer las reacciones de sus alumnos. NUEVA CULTURA

Arreglando mis papeles, encuentro la copia de una carta que me había parecido interesante y digna de ser conservada. Son muchas las cartas que recibo de gente alejada por completo del oficio de escritor y que, sin cuidarse de emocionar a ningún público, por la simple expresión directa e ingenua de su verdad, dejan muy atrás los artificios de los más ilustres literatos. La presente carta fué escrita por mi cuñado hace cuatro años. Mi cuñado ha vivido siempre completamente retirado del mundo; como a todo agricultor, le es grata la compañía de sus animales; su principal ocupación es la caza; por lo demás dedica también cierto tiempo a la lectura, y su cultura literaria nos la demuestra en el pequeño relato que transcribo:

«...Después de lo ocurrido anteayer por la tarde, pasarán lo menos ocho días antes de que vuelva la tranquilidad a mi espíritu.

Juana y yo nos paseábamos, después de comer, a lo largo de la ribera del bajo Sena. Al llegar a un paraje donde crecen los rosales y en el que con frecuencia se ven, al atardecer, bandadas de patos y cercetas, divisé a ras de agua un objeto negro, que permanecía inmóvil. Me pareció ver como un revoltijo de pelos y unos ojos que me miraban fijamente. Muy intrigado, bajé a la orilla, y ví a un pobre perro, con una cuer-

acoge con simpatía la iniciativa del gran escritor francés e intentará que la experiencia se lleve a cabo en España.

Los maestros y pedagogos, lectores de nuestra revista, que estén dispuestos a colaborar en esta tarea, deben comunicar el

proyecto de Gide a sus compañeros y enviarnos los resultados obtenidos para transmitirlos al ilustre escritor.

Aquellas contestaciones que ofrezcan un interés especial serán publicadas en NUEVA CULTURA.

da al cuello, retenida por una piedra de gran tamaño. La cabeza apenas sobresalía del agua, que, llegándole hasta la boca, le impedía gritar, pero los ojos del desgraciado animal eran suplicantes.

Me costó poco trabajo reconstruir la escena: un individuo, queriendo ahogar a su perro, tal vez porque le aumentarían el impuesto, lo había lanzado a dos metros de la orilla, creyendo que la profundidad era suficiente, y el miserable lo abandonó allí, a pesar de los gemidos del pobre animal, contando sin duda con que la marea, al subir, lo ahogaría. Quise meterme en el agua para sacarlo, pero Juana me lo impidió porque acababa de comer; entonces fui a quinientos metros de allí, a pedirles a los segadores que me echasen una mano para desplazar las grandes piedras de la... (palabra ilegible), y, con el mango de la guadaña, acercar el perro a la orilla. Uno de ellos vino conmigo. Me dijo que estábamos a tiempo, pues la marea bajaba. Pudimos por fin sacar el animal que, de tan fatigado, apenas podía tenerse de pie. Como sólo llevaba en metálico dos francos, tuve que darle diez al individuo que me ayudó. Después abrigué al animalito, que no hacía más que lamerme las manos, y lo envolví con el mantón de lana de mi esposa. Cuando llegamos a casa había entrado en calor y correteaba por todas partes. Entonces lo examiné detenidamen-

te. Observé que apenas tendría unos cuatro meses; era cruce de fox-terrier, de pelo duro; pero ya de patas demasiado largas: un desgraciado más en perspectiva. Entonces le puse en un plato la mitad de la sopa caliente de mi perra y lo conduje al extremo del jardín. Comía ávidamente, moviendo la cola. Cuando andaba por los últimos bocados, un escopetazo le saltó el cráneo. Lo enterré. Juana me dijo: «Para eso no valía la pena».

Sí. Valía la pena. El agua se retiraba; hubiese esperado la muerte durante toda la noche hasta la marea nueva. Gracias a mí, había visto seres humanos que venían a socorrerlo, a acariciarlo, y, una vez reconfortado, con el vientre lleno de una buena sopa, se le había enviado al otro mundo sin que lo sospechase siquiera.

Pero todo ello me ha afectado de tal manera, que me he visto obligado a emplear no poca cantidad de belladona para calmar mi corazón....»

Al leer este relato a algunos amigos, me sorprendió bastante ver que provocaba reacciones muy diferentes, desde la aprobación entusiasta («¡Ah! ¡Muy bien hecho!»), hasta el simple alzarse de hombros («¿Por qué diablos ha hecho eso? ¡Está loco! Debía haberlo matado enseguida o conservarlo después de haberlo salvado»). Esta última reacción era, como ha podido verse, la misma que la de la esposa de mi cuñado.

He pensado que sería interesante dirigir este pequeño relato a los niños de las escuelas de la U. R. S. S. Me interesaría conocer sus reacciones a este respecto. Creo que serían verdaderamente reveladoras. De buena gana haría una experien-

cia parecida en las escuelas de Francia, si viese posibilidad de ello. Creo que en la U. R. S. S. no sería difícil conseguir que este relato se leyera en las escuelas y se hiciera preguntas a los niños por los maestros. Por ejemplo, las siguientes: ¿Qué piensa usted del comportamiento de X... con respecto al perro? ¿Tiene razón o no al obrar así? ¿Cómo explica usted su conducta? ¿Qué razones da usted para aprobarla o desaprobársela? ¿Qué hubiese hecho usted en su lugar? Debe evitarse, claro está, que el maestro dé a conocer a los niños sus propias reacciones personales; debe dejarlos en completa libertad para que emitan su juicio, sin hacerles ninguna indicación que pueda inclinarlos en determinado sentido. Puede señalarse únicamente que mi cuñado (tal vez por «deformación profesional») concede gran importancia a las cualidades particulares de las personas. Hay que añadir que su posición económica es muy modesta, y no puede permitirse el lujo de alimentar muchas bocas.

Creo que si las respuestas de estos niños se hicieran por escrito, sería interesante publicar las más importantes, las más significativas. Yo, personalmente, desearía conocerlas y saber también en qué sentido se producen la mayoría de estas respuestas. Quizá fuera posible repetir esta experiencia en otros países.

Sé que al publicar este relato provocó la violenta reprobación de mi cuñado; pero es este un asunto a tratar entre él y yo.

ANDRE GIDE

AUTOBIOGRAFIA

Con motivo de la traducción al francés de la novela de Arconada «Reparto de Tierras», la revista «Commune» publica en su número de abril la autobiografía siguiente del escritor revolucionario:

Toda mi genealogía quedaría prendida en la pata de una paloma viajera. Detrás de mí ninguna historia que me enaltezca o me rebaje. Mis antepasados no fueron, ciertamente, ni conquistadores en América, ni capitanes en Flandes, ni nobles de la Reconquista, ni tan siquiera hidalgos pobres y solemnes amantes de la caza y de los libros. Nada de esto. Fueron, sin duda alguna, gentes de modesta condición, plebeyos, pueblo anónimo y colectivo. De otra parte, los que no heredamos pergaminos que certificaran la pureza de nuestra sangre, no sabemos de nuestra ascendencia más que hasta donde alcanzan nuestros ojos. Sé que uno de mis abuelos era obrero molinero, en tierra de trigo y de molinos; otro fué un campesino pobre que, gracias a su hermosa letra, se desligó del terruño y se hizo memorialista. De allí deriva el camino en el que me encuentro. Mi abuelo era memorialista. Mi padre perfeccionó un poco más la letra y fué escribano: peticiones y papeles oficiales, rúbricas y filigranas caligráficas. Y, en fin, yo cierro, como escritor, la evolución profesional. Perdióse la caligrafía, mas no el gusto y la profesión literaria.

Soy natural de Castilla. De la alta Castilla de tierras incultas, secas, duras, cocidas de sol y sed. A pesar de todo el aditamento que se me dió, no puedo disimular mi ascendencia campesina. Llevo conmigo la agobiada pesadez, la fría sequedad, los silencios infinitos de los pastores de mi tierra. Los horizontes extensos, las mesetas desnudas y doradas, la tierra esquemática y árida, los tejares de las casas y los ciervos invernales hacen de nosotros, castellanos, hombres impasibles, secos, algo esfinge y tenebroso. Se nos llama místicos. Toda la mística española nació de Castilla. Pero pienso que nuestra mística es una evasión de nuestra pobreza. Cuando, a través de los siglos, la pobreza llega a ser dramática, el sentimiento místico nace y se convierte en consuelo.

Mi padre intervenía activamente en la política local. Y mi infancia está llena de clamores litigantes y de las bataholas pi-caras de la politiquería. En un ambiente rural, pobre, donde casi todos los mozos se hacen curas o soldados, me dió por escribir. Jamás pude explicarme este misterio; tal vez la soledad que ayuda a cualquiera cosa, como ocurre al pastor en su gusto por tocar el caramillo. Aprendí a escribir como nuestros toreros aprenden a sortear el toro: a fuerza de lances de capa, a fuerza de ir de aquí para allá, de plaza en plaza, de pueblo en pueblo. Esto es toda mi Universidad. Me acuerdo que, hace dieciséis años, una compañía de cómicos ambulantes estrenó una obra mía, en una venta pueblerina, convertida en teatro.

Conozco muy bien las campiñas de España, lo que equivale a conocer bien España, porque mi país es tierra y campesinado, es aldea y primitivismo. Toda nuestra literatura clásica, con su punto culminante en Don Quijote, es un producto rural, de posadas y de caminos, de aldeas de labriegos y pastores. Creo que en este sentido, continuo la tradición.

Pero, como todo campesino, durante algún tiempo estuve subyugado por la ciudad, por este otro mundo moderno del capitalismo y de la civilización. De entonces data mi adhesión

a los movimientos literarios de post-guerra; algunos años de periodismo, un libro de crítica musical sobre Debussy, un tomo de poemas: «Urbe», otro de narraciones, dos libros sobre el cinema, etc.

Luego llegó un momento en nuestro país, en que el proceso revolucionario rompió el idilio de los poetas con las musas. Fui uno de los primeros que se angustiaron ante el dilema, ante el destino de nuestro tiempo y de nosotros mismos. Hoy, luego de un largo proceso, después de haber sometido mi vida y mis ideas a muchas vicisitudes, comprendo que no ha sido fácil descender del paraíso de las musarañas al campo vivo y real del proletariado. Los jóvenes escritores se encuentran hoy ante muchas ideas ya formuladas y caminos ya trazados. Pero nosotros tuvimos que abrir la marcha, con el riesgo de la impopularidad y el abandono de las ventajas que la burguesía otorgaba entonces a los espíritus acomodaticios.

Gracias a mis convicciones revolucionarias, vencí el fermento campesino que llevaba en mi sangre. Comprendí entonces, guiado por el marxismo, lo que era España: un feudalismo retrógrado, y, por consiguiente, comencé la lucha contra este feudalismo en donde era necesario librar batalla: en los campos.

De esta época, y sobre temas agrarios y revolucionarios, datan tres novelas: «La Turbiana», «Los pobres contra los ricos» y el «Reparto de tierras» (que se publica ahora en francés).

Más tarde, recogiendo el ambiente de angustia del mundo y de España, publiqué recientemente un libro de poemas: «Vivimos en una noche oscura», poemas dramáticos, atravesados de dolor y esperanza. Y en fin, en la presente hora, acaba de aparecer un libro de farsas teatrales, donde la sátira entra, en libre juego con todos los temas políticos y sociales.

De «Reparto de tierras», desearía decir alguna cosa, aunque sea en breves líneas. En España, esta novela no necesita explicación alguna; se la comprende, porque se encuentra allí todo el relieve real de la vida. En Francia, no sé, Francia tiene otro proceso histórico y, por esto mismo, otros problemas, otra literatura, otra realidad, otra mentalidad de público.

El drama español es más elemental, lo que debe reflejarse en su literatura. Os encontraréis en otro nivel, que corresponde a un capitalismo más avanzado. Si, en esta España semi-feudal, me entregara en mis novelas a divagaciones intelectuales y a problemas espirituales, que nadie comprendería, cometería, de una parte un grave error de dialéctica, y, por otra, una traición respecto a la causa revolucionaria: ser fiel a la realidad histórica de su país es el primer deber del escritor revolucionario.

El «Reparto de tierras», dejando de lado lo anecdótico de los problemas actuales, quiere ser la novela del semi-feudalismo español. Por esto la acción se sitúa en Extremadura y, concretamente en la parte de la Extremadura donde las supervivencias del feudalismo son las más fuertes... Y los elementos que entran en la narración novelesca son elementos de carácter típicamente feudal: la tierra, la iglesia, el terrateniente, el campesino, mi amor por el campesino es mi odio contra el feudalismo que lo hace esclavo, que le embrutece y, como estoy convencido de que sólo la revolución puede liberarle, quiero enseñarle a ser revolucionario, lo que equivale a enseñar a un prisionero a romper las rejas de su calabozo.

CESAR M. ARCONADA

(De «Commune», abril 1936.)

«Armados los Estados, amenazan constantemente a sus vecinos con la guerra en su deseo de aparecer siempre preparados, y les incitan a rivalizar con ellos en un esfuerzo sin límites, y como los gastos así precisados convierten la paz en más agobiadora aún que una guerra corta, se transforman en motivos para una guerra de agresión, sostenida con la finalidad de desembarazarse de este peso.»

Kant: La paz perpetua. 1795.



Un año antes de la guerra: Los soberanos de Inglaterra y Alemania pasean juntos para alejar públicamente cualquier sombra o malentendido que pese sobre la «eterna» amistad entre los dos países. ¿Quién habla de guerra?



Basil Zaharoff, el rey de los «gangsters» armamentistas, metido a diplomático en 1914.



Las fábricas Krupp.

PALABRAS

UN PACIFISTA FRANCES

La paz no se decreta por la voluntad de una sola potencia y jamás el adagio que nos ha legado la antigüedad ha sido más verdadero que hoy: no le es posible a un pueblo ser eficazmente pacífico sino a condición de estar siempre preparado para la guerra.

Volvamos hacia nuestro ejército y nuestra marina nuestro pensamiento atento, y no retrocedamos ante ningún esfuerzo, ante ningún sacrificio para consolidarlos y fortificarlos.

Con su labor silenciosa, son los más útiles auxiliares de nuestra diplomacia. Nuestras palabras de paz y de humanidad tendrán tantas más posibilidades de ser escuchadas en cuanto que se nos sepa mejor armados y más resueltos. (Mensaje a las Cámaras de Poincaré, Presidente de la República, el 20 de febrero de 1913).

UN PACIFISTA ALEMÁN

«Alemania aumenta sus efectivos no porque quiera la guerra, sino porque desea la paz. (Respuesta del canciller von Bethmann-Holweg a Poincaré).

UN PACIFISTA RUSO

Ya es hora de oponer a la idea germanista la idea pan-eslava. Nosotros debemos proponernos como fin principal de nuestra política, un esfuerzo militar incesante para romper el círculo germano que nos estrecha y que amenaza con fatales consecuencias a Rusia y al mundo eslavo por entero. («Novoie Vremia», San Petersburgo, 2-I-1914).

Optimismo... y buen humor

En enero de 1913, la revista alemana «Marz» hizo a André Tardieu la siguiente pregunta: «¿Se producirá una guerra europea?»

«A esta pregunta respondo: ¡No!

He aquí mis razones: no hay en Europa un solo gobierno... hablo de las grandes potencias... que quiera la guerra. Por otra parte, cada gobierno tiene sus razones especiales y actuales para querer la paz.

El sistema diplomático europeo no deja casi temer la explosión de una guerra. Porque este sistema es tal, que las fuerzas de la paz son superiores a las de la guerra. Pero para que la paz no sea comprometida es necesario:

1.º Que los sistemas diplomáticos permanezcan como son;

2.º Que la potencia militar no sea, en manera alguna, debilitada; creo en la paz porque la paz está fuertemente armada. (Marz, Berlín).

EL ENGRANAJE

Cinco millones de bayonetas

El voto de créditos para el aumento del ejército significa que nuestro pueblo desea firmemente que el Gobierno haga una política digna de una potencia que cuenta casi con 70 millones de habitantes. Es necesario que esta política sea una política enérgica, sabiendo que, en caso contrario, dispondría de 5 millones de bayonetas para realizar la vocación universal del pueblo alemán. Durante 25 años hemos retrocedido; ahora queremos avanzar. («Reinisch-Westfaelische Zeitung», 1-VII-1913).

La incorporación a los veinte años

Ha sido exclusivamente el anuncio del aumento de los efectivos alemanes, como se desprende de la ley votada estos úl-

1912-1914

HOY COMO AYER, LA CARRERA DE LOS ARMAMENTOS ES LA GUERRA

timos días, lo que ha decidido al gobierno a presentar el proyecto actualmente en discusión sobre la incorporación a filas, a los veinte años. («La France», 7-VII-1913).

La ley de los tres años

La ley de los tres años no es una agresión, ni una provocación. Es una réplica inevitable. (Discurso de Louis Barthou, presidente del Consejo, 19-VII-1913).

Austria secunda el movimiento

De las medidas importantes tomadas por las potencias europeas para reforzar sus armamentos, se desprende para la Monarquía la necesidad de atender a su propia conservación, procediendo también a una reorganización y a un aumento militar de sus efectivos. («Militarische Rundschau», Viena, agosto de 1913).

Un arma nueva: la Aviación

En estos últimos tiempos, la aviación militar alemana ha hecho progresos considerables, pero no lo lanzamos a los cuatro vientos. En esta cuestión un trabajo tenaz nos conducirá rápidamente hacia la meta que queremos alcanzar. Queremos ocupar una de las primeras filas o incluso, a la larga, el primer puesto. («Reinisch-Westfaelische Zeitung», 24-VII-1913).

«Drang nach Osten»

Es necesario que seamos lo más fuertes posible sobre nuestra frontera del Este, a fin de poder llevar la ofensiva desde el principio de las hostilidades al país enemigo. La ley militar de 1913 ha aumentado apenas la caballería. Por lo cual seguimos estando amenazados por una invasión de la caballería enemiga en las fronteras del Este.

En Francia se ha juzgado conveniente responder a la ley militar alemana estableciendo el servicio de tres años, por lo que sólo por muy poco tiempo aún poseeremos sobre nuestra frontera del Este cuadros más numerosos que los franceses. Del lado oriental somos desde hoy los más débiles. (General von Gersdorf, «Hamburger Nachrichten», 26-VII-1913).

Inglaterra se alarma...

Alemania aumenta sus efectivos militares y navales con una rapidez que comienza a pesar tan gravemente sobre sus recursos, que sólo la perspectiva de una guerra inmediata podría justificar su acción. (J. C. Rickett, diputado de los Comunes, 9-VII-1913, «Daily Mail», Londres).

...y se arma a su vez.

Ninguno de los vecinos de Alemania y nosotros menos que cualquier otro, no puede menos de tomar en cuenta la adopción de un plan que permite a Alemania

atacar a su hora y atacar más rápidamente y más duramente que en ningún momento precedente. Todos deben tener de ahora en adelante ante los ojos, examinando el estado de preparación de su propia defensa, la modificación profunda que de aquí a algunos meses, producirá en el equilibrio de las fuerzas militares, la nueva ley alemana. («Times», Londres, 4-VII-1913).

Los negocios renacen

Para que los encargos no fallen nunca, la fábrica Krupp y otras fábricas subvencionan a los periódicos alemanes a fin de que empujen a la guerra y promuevan constantemente nuevas leyes militares. Más aún, estas fábricas intentan sobornar periódicos franceses para hacerles lanzar artículos o falsas noticias cuya repercusión en Alemania provoque contramedidas militares. (Declaración de Karl Liebknecht en 1913, en el Reichstag).

¿Nadie detendrá ya la carrera de los

armamentos?

¿Quién querrá detener el armamento cada vez más intenso? ¿Toda resistencia es vana? Para un Estado es esencial que un ejército preparado apoye al gobierno y a la diplomacia. El aumento del ejército es una necesidad de los tiempos actuales, motivada por la historia de los hombres y de los Estados. («Pariser Zeitung», 4-VII-1913).

EL DESENLACE SE APROXIMA

«La guerra es de esencia divina»

El desarme resulta definitivamente imposible porque la guerra es de esencia divina y responde a una de las leyes de equilibrio del mundo. Dios ha querido ser llamado el Dios de los ejércitos, como para dar la celeste sanción de su prudencia a las luchas que armen los unos contra los otros y que entretienen en las razas humanas la energía fecunda, fuente de todas las grandezas...

Los pueblos no desarmarán jamás. Afortunadamente para su grandeza moral y para la belleza de la civilización. (General Cherfils, «Le Gaulois», 4-III-1912).

El punto culminante del desarrollo humano

La guerra es el punto culminante del desarrollo humano. La guerra es la vía natural y última de la historia de la humanidad. (Von Seeckt, en 1912).

Francia está dispuesta

La bandera está amenazada, nadie lo duda; Francia está en pie, presta al sacrificio, no resignada a la inmolación. Quiere que mañana, cuando suene la hora, su ejército sea potente... Quiere vivir, en fin, lo quiere con un intenso y creciente ardor. Y es para vivir por lo que... ha de-

signado al Presidente de la República (Albert de Mun, «L'Echo de Paris», 18-I-1913).

¿Cuánto costaría a Francia una guerra de tres meses?

Una guerra de tres meses con Alemania costaría a Francia, si salía vencedora, más de 25 mil millones, sin contar las cesiones de territorio y las ruinas esparcidas por todas partes.

Este total comprende los gastos que resultarían directamente de la guerra y los que resultarían de las exigencias de los vencedores. (Adolphe Girod, diputado del Doubs, secretario de la comisión del Ejército, «L'évolution», julio de 1913).

...¿y de un año a Alemania?

El consejero íntimo Jacob Riesser, presidente de la Liga Hanseática, ha calculado que en el primer año de una guerra necesitaría Alemania una suma disponible de 6.125 millones de francos, que sería cubierto en primer término por el tesoro de guerra y el encaje-oro nuevamente acrecentados uno y otro. («Deutsche Tageszeitung», Berlín, 21-VII-1913).

Un ensayo general improvisado

Remiremont, 5 de agosto...—Durante unas maniobras en la frontera cerca del Hohnack, el 15.º batallón de cazadores se encontró de improviso frente a un batallón del 171.º regimiento alemán de Colmar. El segundo rindió honores, a los que el 15.º de cazadores respondió. El comandante Duchet saludó al oficial del 171.º. A continuación los franceses desfilaron mientras los alemanes hacían salvas con sus piezas de montaña.

Los numerosos turistas que estaban presentes quedaron profundamente impresionados. («Le Matin», 6-VIII-1913).

Los armamentos conducen a la guerra

El enorme crecimiento de los armamentos en Europa, el sentimiento de inseguridad y de miedo causado por éstos, es lo que ha hecho inevitable la guerra. Tal es, a mi juicio, la más verídica interpretación de la historia y la lección que el presente debe aprender del pasado en interés de la paz futura, la advertencia que debemos transmitir a los que vendrán después de nosotros. La moraleja es clara: los grandes armamentos conducen inevitablemente a la guerra. Si hay armamentos de un lado, ha de haberlos del otro. Si una nación se arma, las otras le hacen tentadora la agresión permaneciendo indefensas. (Memorias de Lord Grey of Fallodon).

En 1883, Europa gastaba en sus armamentos 4.075 millones de francos oro.

En 1908, Europa gastaba ya 7.475 millones de francos oro.

En 1913, los gastos militares de los países europeos se elevaban a 12.150 millones de francos oro («La Lumière», número especial para el desarme, 10 de enero de 1932).

En 1887, en 1897 y en 1904 los gastos navales eran, en libras esterlinas, los siguientes:

| | Inglaterra | Francia |
|-------------|------------|------------|
| 1887 | 12.375.000 | 8.452.000 |
| 1897 | 21.972.000 | 10.444.000 |
| 1904 | 42.431.000 | 12.517.143 |
| | Rusia | Alemania |
| 1887 | 4.352.000 | 4.179.000 |
| 1897 | 6.239.000 | 6.467.000 |
| 1904 | 12.072.381 | 11.659.000 |

(René Gerin, «Comment fut provoquée la guerre de 1914»).

En cuanto a los gastos hechos, de 1909 a 1914, para las nuevas construcciones, fueron, en libras, los siguientes:

| | Inglaterra | Francia |
|-------------|------------|------------|
| 1909 | 11.076.551 | 4.517.776 |
| 1910 | 14.755.209 | 4.977.682 |
| 1911 | 15.148.171 | 5.876.659 |
| 1912 | 16.132.558 | 7.114.826 |
| 1913 | 16.883.875 | 8.894.064 |
| 1914 | 18.676.080 | 11.772.862 |
| | Rusia | Alemania |
| 1909 | 1.748.487 | 10.177.062 |
| 1910 | 1.494.013 | 11.392.856 |
| 1911 | 3.216.396 | 11.710.859 |
| 1912 | 6.897.580 | 11.491.187 |
| 1913 | 12.082.516 | 11.010.883 |
| 1914 | 13.098.613 | 10.316.264 |

(René Gerin, «Comment fut provoquée la guerre de 1914»).

(Este reportaje ha sido publicado en la gran revista francesa LU.)



Marte encadenado... pero con traidores de papel. («Aux Eclaires», París).



Una atracción moderna: el hombre que todavía cree en la Sociedad de las Naciones. («JUGEND», Munich).

Queremos nosotros, por creerlo necesario para la formación del artista revolucionario, dar en las páginas de NUEVA CULTURA algunas antologías gráficas de la caricatura y del arte en general de tendencia, así como también de aquellas manifestaciones del arte que han contribuido a dar una ayuda, unos medios con los cuales aquél ha sido posible.

A nosotros, artistas revolucionarios, nos interesa hacer surgir a la superficie de la Historia del arte, dar a conocer todo lo que pueda tener una íntima relación con lo que es para nosotros arte revolucionario, arte del tiempo en que vivimos.

No haremos ni más ni menos con esto que lo que han hecho los teorizantes o artistas de tal o cual época, de tal o cual escuela.

Son todavía muy recientes las revalorizaciones históricas del arte hechas por los cubistas o surrealistas. Los unos, recogiendo y admitiendo todo lo plástico histórico de estructura más geométrica; por ejemplo, lo egipcio, lo negroide, etc.

Los otros, todo aquello que contiene un simbolismo poético más sugerente, provocador y extraño, por ejemplo, el de un Bosco, etcétera, o también los grabados más o menos cursis pero aptos para producir cierta excitabilidad.

Nosotros tenemos, pues, derecho también a extraer de la Historia del Arte, dar a conocer y ordenar ese sector del arte que ejerció una función amplia y educadora de la sociedad, que nosotros llamamos arte de tendencia, para aprovechar las ricas experiencias y enseñanzas de que está repleto. Por otra parte, queremos demostrar también que todo sentimiento del espíritu humano ha tenido por necesidad su expresión artística, y cuando en la plasmación de los sentimientos de crítica y de protesta de que vamos a tratar han contribuido hombres como Hogarth, Goya, Daumier, Toulouse Lautrech, etcétera, y sus obras, las específicamente tendenciosas, se elevan a la altura técnica y emotiva de las obras más grandes de tal o cual escuela artística por sublime que ésta



El Banco. Dibujo de William Hogarth



Lo que dejó la tormenta. Dibujo de Schulz.
1918

EL ARTE



DE TENDENCIA Y LA CARICATURA

sea, tenemos derecho a sentar una afirmación, y es la de que la Historia del arte no nos demuestra que el arte de tendencia sea un arte cojo, maltrecho o restringido, ni tampoco un arte para cuya realización los artistas hayan tenido que sacrificar su personalidad, sino que, por el contrario, lo que ésta demuestra es que ha sido realizado con plena integridad, fuerza y grandeza de espíritu, y también que la personalidad del pintor ha surgido en la obra con toda su fisonomía.

A pesar de educar a la mayoría de artistas la sociedad burguesa, bien por medio de sus instituciones, o ya por la natural reacción de sus propios corazones, ante un medio que no les excita a expresarlo sino que les reduce a la contemplación de sí mismos; a pesar de que estos dos factores generales de la sociedad burguesa han contribuido a dar una formación metafísica, escéptica, solitaria, mística, etc., a la mayoría de los artistas surgidos en la etapa de la sociedad burguesa, han habido también, para suerte nuestra, artistas que no se han aislado mística o escépticamente o con asco de la sociedad, sino que, por el contrario, han vivido envueltos, sin temor a diluir su personalidad, en la sociedad misma y han expresado y criticado, con juicios más o menos empíricos unos, más o menos disciplinados otros, todo lo que sus ojos vieron de cuerpo afuera, todo lo que la sociedad de su tiempo les hizo pensar y sentir. Podemos decir que en esas obras olean eternamente los vientos frescos de la época en que fueron concebidas.

Hay dos grandes corrientes del espíritu en la humanidad que se manifiestan a través de la historia del arte y que determinan dos líneas claras y definidas: la realista y la idealista.

En el siglo XVII, con los holandeses, la corriente realista sale ya de su situación precaria y yergue su figura en la historia como rival serio y potente del idealismo hasta entonces triunfante. Es el triunfo de lo popular en el gran arte. Es el arte de las corporaciones de artesanos, de campesinos y de la burguesía naciente y revolucionaria.

Hay quien cree (y denota ignorancia) que no es posible dentro del realismo más que un solo matiz espiritual único, exacerbadamente objetivo, realista en el vulgar sentido del vocablo, y se equivoca. Dentro de la corriente idealista cabe lo épico, como dentro

de la realista lo lírico. En el realismo pueden sonar todas las cuerdas del espíritu.

Dentro del matiz romántico podemos percibir productos de estas dos corrientes en una misma época, en la realista un Balzac, en la idealista un Musset. En pintura, un Daumier por ejemplo y un Delacroix.

Hay un arte que trata de embellecer y universalizar las cosas, idealizar los personajes. Hay otro que trata de dar su personalidad a cada cosa, que carga los personajes de psicología.

En aquél es como si el artista sometiese todos sus personajes a un sentimiento subjetivo. En éste, por el contrario, el artista tiene que ser necesariamente un gran conocedor del espíritu humano, y es como si al realizar un asunto tuviese que sentir interiormente lo que desea que sientan y expresen los personajes que crea sacados de la realidad.

Aquél es producto de una contemplación restringida y subjetiva del mundo y de la humanidad, de una concepción del artista idealista.

Este tiene que estar necesariamente saturado de mundo, de experiencias, vivir intensamente lo objetivo, ser un realista.

Aquél es producto de un sentimiento aristocrático.

Este, de lo popular.

Aquél nos llega a través de Italia.

Este, de los Países Bajos.

Aquél es idealista.

Este, realista.

Dentro del arte realista, nos interesa destacar aquellos artistas que hicieron de su arte una obra de lucha.

El dibujo de tendencia, la sátira dibujada, la caricatura, es tan antigua casi como la humanidad. Su origen y fundamento es popular. No es propósito de este trabajo hacer un estudio detallado de la primitiva sátira. Además, nos falta la erudición suficiente para dicha empresa. Por otra parte, por razones de subversión y por falta de medios técnicos adecuados para desenvolverse, has-



Contra el bien general. Dibujo de Goya.



Un extranjero en Moscú: Nuestros periodistas nos han representado a los soldados rojos como bestias feroces. Pero resulta que son peor todavía. Dibujo de Czapkorsky.

ta el Renacimiento y la Reforma, la sátira dibujada es pobre en cantidad y rudimentaria en la forma. Por esas razones no llega a ser la sátira dibujada un instrumento de masas.

A medida que se vayan conociendo mejor las culturas y costumbres primitivas, se irá enriqueciendo lo que pudiéramos llamar los orígenes e historia de la sátira dibujada, padre del dibujo de tendencia.

No consideramos justa la apreciación general que de la caricatura nos da el crítico Claudio Roger-Marx: «La caricatura es una composición contraria a la lógica habitual, a la verdad, al buen sentido, a la vida». Efectivamente, una gran parte de la caricatura por la caricatura está de acuerdo con dicho juicio, pero no es ésta toda ni mucho menos; es solamente la que desempeña el mismo papel en la vida social que un clown en el circo: hacer reír como única finalidad.

Precisamente la caricatura política, la caricatura revolucionaria, y aún la costumbrista muchas veces, tiene por objeto expresar, ya simbólicamente (símbolo popular), ya de otra forma, la gran verdad de las cosas, procurando que nada falte ni sobre en la expresión de esa gran verdad, y la risa que esta caricatura provoca en las multitudes no es producto de lo absurdo de su representación, de su falta de lógica, sino por lo que descubre y pone al desnudo la realidad de las cosas más «serias» y de mayor apariencia, y lo risible brota del dibujo en la medida como aclara al mismo tiempo la apariencia de los personajes, de las cosas, los gestos afectados, las actividades de los «venerables» hombres públicos, y la verdadera significación, la verdad que se oculta a través de gestos, actividades y apariencias. Es decir, que la caricatura revolucionaria muestra en la mayoría de los casos una doble realidad simultánea: «lo que quieren» las clases dirigentes de la sociedad que sean los hombres y las cosas a los ojos del vulgo, y lo que éstos son en realidad: he ahí lo cómico de la caricatura política.

Es este el motivo por el cual son tan

bien recibidas las caricaturas políticas por las clases populares, que ven destruidas y ridiculizadas por medio de ellas las cosas de apariencia más sagrada y dogmática de la sociedad que les oprime y explota, y porque además educan su espíritu en la lucha contra hombres e instituciones de las clases dominantes.

Otra gran verdad (que nosotros reconocemos plenamente) que sirve de pretexto para desconsiderar esta manifestación del arte, es que la mayor parte de caricaturas son de una ínfima calidad técnica, que están burdamente dibujadas y que solamente juegan el papel de complemento y subordinación a una leyenda. Pero nosotros no podemos admitir, como la historia lo demuestra, que esto sea debido a que caricatura y arte sean términos opuestos, o que hacer caricatura sea para el artista realizar arte de baja calidad. Lo que esto demuestra es el arraigo popular que tiene la caricatura, la apatencia de imagen que las clases populares poseen y la necesidad de saciarla y no otra cosa, puesto que, como ya hemos afirmado antes, allí donde un espíritu profundo, una sensibilidad exquisita, ha producido caricatura, ha surgido bajo el punto de vista de la forma de una gran obra de arte.

Para producirse y desarrollarse la caricatura o el dibujo de tendencia han contribuido tres factores importantísimos, que son su fundamento: el sentimiento popular, la técnica y las condiciones sociales.

El primer elemento, el sentimiento popular, es la fuente creadora e inspiradora de la caricatura, la sátira dibujada. Allí donde ha sido posible manifestarse este sentimiento a través de la historia, allí donde el arte, por su carácter ornamental y secundario, posee una mayor libertad e independencia, tanto con respecto a las ideas y disciplinas de los altos dogmas de la Iglesia, como por no ser, por el lugar que ocupan, tan controlada su representación por la policía sacerdotal, allí los artesanos medievales, en capiteles, tallas de sillería, frisos, orlas de códices, etc., manifiestan su ironía, burla o

protesta popular. Las iglesias son el testimonio de este aserto.

La técnica ha sido fundamental para el desarrollo, amplitud, forma e independencia completa del dibujo de tendencia popular. Con el desarrollo de la técnica, la invención del grabado, el papel, la litografía y el fotograbado, el dibujo de tendencia deja de ser ya un desahogo íntimo, una diversión particular, para ser un instrumento de masas, un medio de coordinación social en la lucha contra ideas e instituciones dominantes. Otro factor técnico más profundo es el propio desarrollo del realismo. El progreso que el realismo ha aportado en el dominio del análisis del gesto y de la psicología humanos, ha contribuido a aumentar la fuerza revolucionaria del dibujo de tendencia.

El tercer factor, las condiciones sociales, es también importantísimo. Una de las condiciones para que se produzca dibujo de tendencia de masas es que exista en éstas un común anhelo social, un espíritu de protesta colectivo, para que aquél se apoye en multitudes y sea su producción sistemática. Por otra parte, es necesario también un cierto margen de libertad, puesto que al pasar la sátira del carácter individual al colectivo, han de ponerse de acuerdo varios elementos, varias personas, ha de existir una determinada organización. Esto hubiera sido imposible en la Edad Media, las santas hogueras se hubieran encargado de poner fin a cualquier intento de protesta abierta dibujada.

La caricatura, el dibujo de tendencia, recoge, como un termómetro, la temperatura social. En los momentos de gran tensión y lucha social, política o religiosa, es cuando mayor cantidad de dibujo revolucionario se produce (la Reforma, el liberalismo inglés, la Revolución Francesa, la Commune, etcétera). En los tiempos de relativa estabilidad y tranquilidad, la comicidad propiamente dicha domina en la caricatura.

FRANCISCO CARREÑO

En próximos artículos daremos a conocer los grandes periodos del dibujo de tendencia a través de la historia.

CONATO Y FRACASO DE UN ESPERPENTO

EL GENERAL GORDETE. (Pasea la estancia y atusa los bigotes como cumple a un general que se estime). Las hordas impías avanzan. Carajo, no va a haber más remedio que ponerlos sobre la mesa. Todo sea por Dios y por El, que, al abrazarme, me dijo: «Gordete, ya sé que tú harás lo tuyo. Espero y entretanto, paciencia y mala leche. Es el lema de mi reinado». ¡Gurriato! (Se presenta el ordenanza, guerrera corta y gorro ladeado).

ORDENANZA. (Con resorte mecánico y achulado.) Mi general.

GEN. Pienso sublevarme. Tú que conoces la tropa, ¿qué opinas?

ORDN. Mi general, moriremos por usía. Respecte a la tropa, son unos mandrias y mastuerzos. Me amaga que incluso haya republicanos y acráticos. Se les tienta las costillas y en paz cristi.

GEN. Tú eres leal, Gurriato. No en balde te has educado, sin contaminarte, en los Huérfanos del Cuerpo. Conoci a tu madre y siempre te he estimado. Pero esos pendejos... La Patria me requiere. Llama el capitán Sandio.

CAPITAN. (Pinturero, ruido y vuelo, prosopopéico. Llega con sofoco.) Es la hora, mi general. El triunfo de las izquierdas equivale a la desmembración de la Patria y al vituperio del Ejército. ¿Hemos de consentirlo?

GEN. De ningún modo, capitán. Salvaremos a España. Pero los tiempos han cambiado. Son ominosos como aquellos de que habla la Historia. Mi glorioso padre se sublevó 57 veces en 3 años. Al vérselo llegar al cuartel ya se sabía que peligraba la Nación. Yo sufro la vergüenza de no haber podido sacrificarme aún y salvarla. Siempre se me adelantan. Pero ahora no se me puede mi arenga, la de la Patria sojuzgada. Otras aluciones heredé de mi glorioso padre. Las ensayaré: ¡Soldados: El honor de la madre Patria sojuzgada...!

CAP. ¡Bravo, mi general! Con ese tono, la victoria es segura.

GEN. ¿Y qué hacemos después? ¿Tú crees que el pueblo...?

CAP. No hay pueblo. Es una invención de los dinamiteros. Se descacharran en cuanto oyen un charrasco y una corneta. Con su pico y unos desfiles bien administrados...

GEN. ¿Y eso que llaman economía?

CAP. Acuñaremos más moneda. Es muy fácil.

GEN. ¿Y los obreros? En tiempo de mi glorioso padre no los había, ni falta que hacían. ¿De dónde habrán salido los malditos? ¿Con quién cuentas?

CAP. En mi compañía hay un cabo adicto. Me consta, porque tengo con él combalache de cocina y además estuvimos el otro día de...

GEN. Malos pasos te andas, capitán. ¿Y qué tales prójimas?

CAP. Había una pechugona como a usía le apetecen.

EL GRAN PREBOSTE DE ORDINIS RAPIÑARUM.—Anda y que te zurzan. Piensa el ladrón que todo el mundo es de su condición. Señores, salud y pesetas. Viva la euforia. Viva la pepa y olé. Me voy a «dir» a Venezuela; queda aquello vacante. Tengo bigotes y soy farruco.

El gran preboste se precia con toses de guapo. La vieja carajo se santigua y lanza arreniegos. Riñones y sacristía. El esperpento.

—Estos son mis poderes.

Te van a dar pocos. Pero no hay que alborotar. No va le la pena. Todo es grotesco. Sigue el esperpento. Qué algarabía. Los santos se remangan, las señoras se han soltado el moño y los matones apoyan con pistolas el reparto de invitaciones para el mitin, fascista. Sólo el pueblo guarda compostura.

—Votad a España. Un ejército fuerte. Verdaderas gollierías. No hay quien dé más. Os daré una España grande...

EL PUEBLO, MUY FINOLIS, SIN ADEMANES.—No, gracias. Me la daré yo solo. No le conocemos a usted. Mejor dicho, le conocemos aunque venga disfrazado. Ni se pregunta. Votaremos por el jefazo. Ya lo creo que le botaremos. Se dará el bote. ¿Ibamos a renunciar a una España grande y a un hotel propio...?

EL GENERAL (Hipa sobre el bigote lacio.) Estamos solos, capitán. Nadie nos hace caso. Los soldados irían a denunciarnos a sus malditas sociedades obreras y se reirían cuando les hablara de la patria sojuzgada.

CAP. Mientras no me revolucionen la cocina...

GEN. Vamos a ver a tu suripanta. Sólo a esa le gustan ya las espuelas. ¿Qué degeneración de país!

EUSEBIO GARCIA LUENGO



"TCHAPAJIEF" Y "VIVA VILLA"

¡Ya se han escrito muchas cosas contradictorias acerca de «Viva Villa!» Se trata de una película que no podrá satisfacer a los que han conocido las realidades históricas de la guerra civil en México, que han participado en las luchas sangrientas al lado de Zapata, o de Villa, o de Carranza, o de Madero o contra las tropas americanas del General Pershing... porque sería inútil esperar de Hollywood películas históricamente justas sobre los diversos episodios de la revolución mexicana, sus victorias, sus derrotas y sus esperanzas. Solamente la revolución mexicana misma, asegurada por la dictadura de sus obreros, de sus peones y de sus soldados rojos, podrá fijar en imágenes parlantes la vida de sus héroes, apegándose a la época y a las circunstancias.

Asistiendo al desarrollo de los «altos hechos» del guerrillero Villa, no podemos dejar de pensar en la película soviética que relata con tanta emoción y fuerza las acciones del «partidario rojo» Tchapaíeff. Comparación arbitraria bajo ciertos aspectos, pero que permite desprender la lección esencial de que estas dos películas, que aunque tratan de sujetos que tienen mucha relación entre sí, en que ciertas imágenes se conjugan, tienen un espíritu y un sentido profundamente divergentes cuando se las examina «a fondo».

¿Cuáles fueron los fines perseguidos por los cineastas al realizar estas dos obras? El de los hermanos Vasiliev es evidente: han querido exaltar, contra todo esquematismo, la verdad psicológica de un héroe famoso de la guerra civil, entrado ya en la leyenda, desprendiéndolo de los relatos del escritor Furmanov, que fué el comisario político de Tchapaíeff. Han querido evidenciar en su película el alma de octubre. Y así Tchapaíeff, sin perder nada de su realidad, es un personaje que transfigura la poesía profunda de una época revolucionaria en camino de crear sus leyendas a golpes de genio nacional, en el espíritu de la lucha de clases, como las épocas históricas precedentes crearon sus leyendas en su propio espíritu, en el de la aristocracia feudal, por ejemplo. Es así como la película Tchapaíeff no exalta solamente al héroe-jefe, sino al héroe anónimo, a los capitanes y soldados por quienes se precisa y desarrolla el esquema de los pensamientos y de los actos del «partidario rojo».

En cuanto a los enemigos, son «reconstruidos», si así puede decirse, con gran cuidado documental; ya no son presentados bajo un ángulo único, a una luz sumaria y sin matices, sino en sus aspectos humanos de enemigos de clase; no les falta valor, son inteligentes, defienden hasta la muerte sus privilegios o una mala causa: son adversarios, temibles que sería vano y pueril poner en ridículo. Tienen, con su disciplina brutal, su jerarquía precisa, su orden violento, una autoridad real cuyo mecanismo parece, a veces, dominar la autoridad de los Rojos: sólo que, en definitiva, la fuerza invencible de estos últimos está en su conciencia de revolucionarios, en la simple verdad de Lenin: «¡paz, pan y tierra!»

La interpretación de la realidad histórica tiene más virtud que la transcripción —aparente— de la realidad auténtica, y la película Tchapaíeff lo demuestra al proyectar el verdadero aspecto de la guerra civil y de los actos del partido bolchevique, reconstituyendo, sobre documentos y sobre hechos, un relato histórico que pasa así —de golpe— a la leyenda. Es por esto que ha podido decirse que Tchapaíeff es en la cinematografía algo equivalente a nuestras «canciones de Gestas» en literatura. Por otra parte, una de las escenas finales, cuando el compañero de Tchapaíeff protege la retirada de su jefe, sacrificándose para salvarlo, recuerda, por el sentimiento y el estilo, la muerte de Oliverio y de Rolando. La película de los hermanos Vassiliev es, pues, propiamente hablando, un acto político: de ahí su éxito, que no conoce otra película acerca de los obreros y de los koljosianos de la URSS.

Para llegar a esta poesía simple, los cineastas soviéticos no han empleado medios técnicos excepcionales; han relatado con todo el corazón y la inteligencia, el sentido de estas imágenes a las que las palabras, y la manera como se escogen estas palabras, presentadas y dichas, prestan una extraña virtud. Los diálogos, en efecto, están llenos de esa gracia que asegura en gran parte el éxito de Tchapaíeff. El héroe habla, se enfrenta con sus defectos, sus debilidades, y por este hecho, su fuerza, sus cualidades, su valor, su prestigio, toman un relieve admirable; y el espectador deviene durante una hora el familiar de alguien que no ha conocido, pero del que ha oído contar las palabras, las anécdotas, los hechos, y que repetirá en adelante mientras vivan los hombres. El obrero y el koljosiano soviéticos encuentran en cada palabra, en cada anécdota, en cada hecho, el espíritu de su propio combate, de un combate empeñado no solamente con los otros, sino también consigo mismo; devienen los verdaderos participantes de una acción compuesta por ellos y realizada, cinematográficamente, con el carácter de las películas de cow-boys del período heroico de la cinematografía americana (1916-1918).

Es por esto que los revolucionarios mexicanos, que conocen la historia de sus luchas tan bien como los obreros y los koljosianos de la URSS conocen las suyas, por haberlas vivido por haber dejado en ellas su sangre, no sabrían ver en «Viva Villa» sino una película irritante y hasta odiosa... Mientras en efecto, la psicología de Tchapaíeff nos es presentada en la película soviética, la de Villa nos es escamoteada en el argumento de Ben Hecht, o más bien, si Villa nos es presentado como un «payaso», simpático, audaz, brutal, pero todo penetrado de un poderoso sentimiento de solidaridad para con sus hermanos miserables y explotados, los peones, es para llegar, en definitiva, a la conclusión política y arbitraria, de que bajo el régimen del dictador Calles, México se convirtió en un país dichoso, donde reina para todos la justicia... Y donde la familia del «liberal» Madero, del rico propietario que supo utilizar a Villa para sus fines demagógicos y nacionalistas y que fué víctima de las facciones a sueldo de la burguesía mexicana y del imperialismo yanqui, sigue siendo una de las más poderosas del país.

Dicen que Ben Hecht utilizó para su argumento, en el que el cineasta logra una política del tipo «Far-West 1934», con pendencias, bonitas muchachas, cabalgatas y batallas, vastas figuraciones y bellos paisajes, notas tomadas por el periodista americano John Reed, corresponsal del «Metropolitan Magazine», que pasó cinco meses con Villa, y que, algunos años más tarde, escribió ese magnífico testimonio de partidario sobre la Revolución de octubre: «Diez días que estremecieron al mundo.»

Sin embargo, si «Viva Villa» puede provocar legítimamente la protesta de los revolucionarios mexicanos —y la nuestra— desde el punto de vista histórico, conserva —aún fuera de la realidad de los hechos a que se refiere, y de sus olvidos, y de sus groseras deformaciones—, una cualidad excepcional para las masas que, justamente, la aplauden. Demuestra cómo la burguesía puede utilizar para sus fines la popularidad y el poder real de un jefe como Villa, engañarlo y rechazarlo después de su victoria con una medalla de recuerdo, y dejarlo asesinar como un perro, cuando este jefe no va guiado por una idea revolucionaria segura que represente en sí misma una teoría experimentada, cuando su iniciativa no va unida a una voluntad colectiva, a una organización política de masas.

Detrás de Tchapaiev estaban las palabras de orden de la Revolución de octubre, Lenin y el partido bolchevique, y a su lado el comisario político Rumanov, emanación de la voluntad de las masas de obreros, de campesinos y soldados, que representaban el poder de los soviets, y más allá de Tchapaiev estaba la Internacional.

Detrás de Villa, según la película, estaban Madero y los

militares prestos a la traición, y a su lado ningún representante de un partido político de masas con palabras de orden precisas, con una teoría revolucionaria consecuente, porque los obreros y campesinos de México no estaban, entonces, organizados para imponer su dictadura a la burguesía y combatir la intervención yanqui.

La vida y la emoción de ciertas imágenes, como aquella escena en que Villa hace juzgar por cadáveres a quienes condenaron a los peones a ser colgados, es muy bella. El conjunto recuerda un torrente que lo arrastra todo bruscamente e indiferentemente, lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, pero a cuya fuerza es difícil resistir. Este torrente es Villa y su ejército, y su valor, su sangre fría, su decisión, su fuerza brutal misma, y su prestigio de jefe.

Será fácil imaginar cuantos fascistas encontrarán en «Viva Villa» una demostración de lo que puede la voluntad y el valor «de un hombre», sirviéndose de tal obra para su ideas sobre la dictadura personal. De aquí la prueba de su debilidad. Pero no hay ningún peligro de que Mussolini pueda utilizar a Tchapaiev con los mismos fines, porque Tchapaiev es histórica en el sentido, repetámoslo, de que esta película está animada por el espíritu de octubre, por el de la lucha de clases, por el del partido bolchevique, por el de Lenin, y que responde exactamente a las necesidades de los espectadores soviéticos, siendo al mismo tiempo un documento excepcional para el mundo entero.

LEON MOUSSINAC

E N L O S

40

AÑOS DEL CINEMA

EL ARTE EN EL CINEMA, COMO EXPRESION ECONOMICA

Es realmente pavoroso ver con la indiferencia con que el mundo asiste a su propia transformación y la abstracción que los historiadores oficiales observan ante las fuerzas esenciales que la provoca. Acaso esta afirmación no sea del todo nueva, pero yo creo necesaria en este momento su mención.

En este mes de diciembre de 1935, el mundo entero y, muy especialmente, Francia, celebra el 40.º aniversario de la invención del cinematógrafo. Con este motivo se han escrito nuevas historias en copiosos volúmenes; se han publicado números especiales de revistas corporativas; se ha revisado, en fin, todo lo hecho, y se ha teorizado sobre lo porvenir.

Insistimos en que asusta la abstracción completa que los historiadores han hecho de las fuerzas motrices que han determinado la llegada y la evolución del cinema, y, una vez más, constatamos la subvaloración que nuestros cronistas han hecho del factor económico en el cine, que es quien realmente ha determinado la prosperidad de una cinematografía y la decadencia de otra; su ascenso en un momento dado y su caída en otro.

Es cierto que en esta ocasión, como en tantas otras, hemos podido apreciar la aparición de dos tipos de cronistas bien diferentes y opuestos. Pero no es menos cierto, que ninguna de estas dos especies de historiadores ha situado los hechos con toda claridad y sacado sus consecuencias.

De una parte, hemos visto al cronista oficial de una industria a la que sirve y a quien se somete incondicionalmente, obstruyendo en presentar como esenciales aquellos hechos que le aportan el beneficio inmediato, que su parcialidad exige. Y de otra, vemos aparecer al cronista artístico, estético o independiente, que no quiere saber nada de las cuestiones financieras y que relata su historia desde un ángulo puro y netamente idealista; tan idealista, que voluntariamente, silencia todas aquellas consideraciones que podrían ofrecer una solución lógica a los problemas que ante sí ha visto esbozados, pero cuya presencia ha

simulado ignorar para no lastimar su posición de independiente.

La llegada del cine —ya lo hemos dicho muchas veces— no obedece a un hecho o un hallazgo casual, sino a una ley específica y a un desarrollo técnico y económico que determina su aparición. Consumada su llegada en las condiciones que ya conocemos, su evolución posterior está sujeta a su propia suerte económica. En aquellos países en donde la producción cinematográfica ha sido desde el primer momento un buen negocio, el cinema ha podido disponer de los medios necesarios a su desarrollo. En cambio, en aquellos otros en donde la producción —de no importa qué altura— apenas se amortizaba o producía un beneficio normal en el mejor de los casos, el cine, sin la base económica necesaria a su experiencia —a su aventura, diríamos con mayor exactitud— se ha visto obligado a marchar a remolque —cansado y cojitraco—, de aquel otro que le precedía. Y cuando se ha intentado una producción nacional en aquellos países en donde no podía amortizarse, realizados los primeros intentos con un fracaso como experiencia, la producción cesó automáticamente.

Esto viene a demostrarnos, que el cine, lejos de ser una industria independiente, es una manifestación en estrecha relación con la situación económica y social del país que le produce. Tan es así, que las profecías de León Moussinac al afirmar en 1928 que en los cinco años posteriores a esta fecha, prácticamente, no habría en el mundo frente a frente más que el cinema soviético y el cinema americano internacional, se han confirmado plena y rotundamente, hasta el extremo de que nosotros podemos asegurar hoy, con una gran fuerza objetiva, que prácticamente, no existe frente a frente más que dos cinematografías: la yanqui y la soviética.

Existe realmente un cinema alemán y un cinema francés enfrentándose en segunda línea permanentemente en el terreno internacional con la misma tensión con que se enfrentan sus intereses económicos. Existe también un cine inglés, de escasa importancia

siempre hasta hace unos años en que los americanos le brindaron su apoyo económico y su experiencia técnica. Existe igualmente un cinema italiano un cinema checo, polaco y español de calidad y cantidad inferior. Nace un cinema japonés bajo el signo de sus ansias imperialistas que, como su propio imperialismo, sorprenderá desgradablemente a los rivales confiados.

Esta simple enumeración de hechos, viene a confirmarnos hasta qué punto el cinema es una consecuencia dependiente de la situación económica, política y social del país que le produce. Todos esos estetas y teorizantes que han pretendido aplicar al desarrollo de cada cinematografía una tradición artística o literaria, sin tener en cuenta sus condiciones económicas sociales, no han hecho otra cosa que perder el tiempo y llevar al confusiónismo un hecho concreto en la evolución materialista de la historia.

El cine yanqui ha podido ser fuerte en su aspecto imperialista, artístico y comercial, porque el imperialismo americano ha sido un imperialismo tipo de financiero bien acusado. El cine inglés apenas sobrepasó sus fronteras, porque cuando aparece el cinema como industria y como medio de penetración y expresión imperialista el imperialismo inglés, eminentemente conservador y profundamente diplomático, no se apercibe con la rapidez con que lo hace el americano, del arma formidable que puede ser el cinema si se sitúa en manos parciales. El cine francés se sostiene con el equilibrio con que Francia mantiene sus colonias. El cine alemán se produce con la irregularidad con que se manifiesta su industria y sufre las mismas conmociones que miran su proceso económico. El cine sueco, termina en el momento en que se saldan las cuestiones del conflicto europeo a quien debe su ascendencia momentánea. El cine italiano queda truncado en su evolución con el arribo del fascismo. Y el cine español apenas se ha manifestado, porque España, cuando llega el cinema, ya había consumado y consumido su imperialismo. Queda ahora el cine ruso, en crecimiento per-

manente desde 1918, marcando en su evolución la evolución socialista que trajo consigo la Revolución proletaria del 17. Surge el cine japonés con la agresividad con que crece su imperialismo.

Si nos detenemos sobre la historia retrospectiva del cine y establecemos un contacto entre su trayectoria y la trayectoria económica y social del mundo en los últimos cuarenta años, podremos constatar hasta qué extremo el cine es una expresión dependiente de la situación. En su trayectoria le vemos doblegarse ante todos los hechos históricos decisivos y servir mansamente a todos los deseos imperialistas, militaristas, guerreros, políticos y financieros. Ninguna manifestación de cuantas ha puesto en juego la política universal le ha sido ajena. El cine ha servido para justificar la guerra la colonización, el imperialismo militar y financiero, la moral burguesa, la contrarrevolución, la lucha de clases... Ante todos estos hechos históricos, ha doblegado el cine las rebeldías juveniles de su corta existencia, y, precisamente por ello, ha podido desenvolverse técnica y artísticamente, con la rapidez con que lo ha hecho.

Hasta 1914, el 90 por 100 de los films que se presentan en el mundo, son franceses. Con justa razón, el cine, en estos momentos, no es considerado como un arte y sí como una industria de primera clase: como la tercera industria internacional ha comenzado a decirse con un indudable deseo de exagerar su importancia. Solamente Canudo —quien por cierto ha teorizado siempre con una abstracción completa de las fuerzas esenciales que señalamos antes y con un grave y excesivo orgullo latino— profetiza en 1911 que el cine sería, con el tiempo, un magnífico instrumento de lirismo. Pero excepción hecha de unos cuantos iniciados influenciados por él, nadie toma al cine como un arte y sí como un medio de distracción o como una industria espléndida, aunque arriesgada.

En consecuencia, en estas fechas, no podemos catalogar todavía al cine como arte. Ciertamente que Max Linder y Mac Sennet han aparecido ya, pero ni el público ni la crítica se ha deteriorado en ellos. En Europa comienza a hablarse de arte cinematográfico —Canudo y su grupo le llama «séptimo arte»— en 1915, cuando nos llega *Forfaiture*, de Mille, y los films de Th. Ince, David W. Griffith y las mejores producciones de la *Triangle*. Suecia, aporta varios films de Victor Sjöström y Maurice Stiller, que afirman decididamente la posición de aquellos que quieren dar al cine una categoría artística.

Pero esto no es tampoco un hecho casual. La Gran Guerra ha desplazado por completo la industria cinematográfica de cuya hegemonía se apodera Norteamérica, dejando un margen de acción a Italia y a Suecia, quienes la no participación inmediata en el conflicto europeo (Italia entra más tarde) les permite recoger en Europa el mercado perdido por Francia, antes de que los productos norteamericanos se instalaran definitivamente en él.

Se ha dicho siempre que el éxito y la fuerza de los films suecos depende en su mayor parte de la racialidad de sus temas, pero sin señalar el motivo que diferencia este punto de partida de la escuela teatral francesa o del formulismo puramente exterior de los italianos. Debiendo al conflicto europeo sus mejores momentos, el cine sueco, que se presenta al mismo tiempo en los cines de Alemania que en el de Francia y sus países aliados, no puede en aquel momento recoger temas de fuera de su campo que le cerraran inmediatamente las puertas de los mercados en donde encuentra una economía que es propia razón de su existencia. En estas condiciones, los productores suecos, se ven obligados a concentrarse en sí mismos, en su tipología, en sus leyendas, en sus problemas, cuyo hecho determina la aparición de una nueva escuela cinematográfica con aportaciones y valores desconocidos desde el momento en que por vez primera el cine miraba hacia dentro y presentaba con toda sinceridad expresiones y situaciones humanas.

Algo parecido sucedía con el cine yanqui. Los comienzos de la industria americana reposan sobre la exportación de films franceses, en su mayoría hechos e interpretados por gentes de la Comédie Française. Estas películas eran sabrosamente gustadas por la burguesía americana, pero incapaces de retener al público popular por más tiempo. Entonces, los productores americanos se repliegan y comienzan

a trasladar a la pantalla sus propios temas y sus propios conflictos. En 1914, Griffith ha realizado *El nacimiento de una Nación*, en donde se presenta al Ku-Kus-Klan como un elemento activo y victorioso en las luchas internas de negros contra blancos. Todo el film estaba lleno de un énfasis patriótico y de un heroísmo de pacotilla, y la proyección del film provocaba una serie ininterrumpida de manifestaciones y conflictos. Las protestas de los negros eran ahogadas por las voces liberales que enarbolaban como un ariete la pancarta del «derecho a la libertad de expresión».

Pero estos conflictos hicieron del film de Griffith uno de los mejores negocios realizados hasta la fecha. La *Standard Oil* no podía permanecer indiferente, no solamente ante el negocio que podría realizarse con el cine, sino ante la propaganda que podría hacerse por su mediación y financiar la empresa *Triangle* dirigida por Griffith, Ince y Mac Sennet. La existencia de dinero contante y sonante en gran cantidad permite a la *Triangle* y a sus realizadores la producción de películas realmente excepcionales en la historia del cine americano. En cualquier manual cinematográfico, en cualquier libro que estudie detenidamente la evolución del cine, encontraremos a los films de la *Triangle* como las aportaciones más destacadas de la cinematografía yanqui de su momento. Su aparición no solamente se debe a que los realizadores de la empresa eran sin duda los mejores de Norteamérica, cada uno en su género, sino que todos ellos se acercaron a temas de gran actualidad.

Griffith, en *El nacimiento de una Nación* y en *Intolerancia* se revela como un perfecto patriota americano satisfecho de su suerte y de la de su pueblo. En no importa qué circunstancia, sus principios, le permiten acomodarse con toda holgura a la situación y sacar de ella el mejor partido posible. Con esto no queremos llamarle arrivista, pero sí situarle como a un perfecto americano a quien no pesa demasiado sus ideas personales. Si en el primer film citado el tema central es la guerra civil entre el Norte y el Sur de América y se coloca del lado del vencedor, es porque en la fecha en que le produce el empuje nacionalista es inminente. Y si en *Intolerancia* olvida el odio hacia las razas de color y se detiene en las luchas de las trincheras europeas mostrando al espectador, no el heroísmo de los soldados americanos como hiciera antes, sino las escenas más rudas de los más duros combates, es porque sabe que su clientela ha salido cansada de la Gran Guerra y no puede ofrecerle más que una diatriba contra ella. De igual forma, las injurias contra los negros de *El nacimiento de una Nación*, porque así lo exigía la situación del momento, se convierte en apología en *Intolerancia* al colocar en una escena a un negro moribundo y a un héroe americano en un encuentro emocionante y expresivo. Griffith sabe perfectamente que los aliados han utilizado en la Gran Guerra la carne del hombre negro en defensa o economía de la suya y quiere —como la propia burguesía— compensar de alguna forma las injusticias cometidas con él en otra época. El ha sabido ver la reacción de agradecimiento que los vencedores blancos manifestarán durante algún tiempo por quien tan generosamente le ha defendido, y no duda en contradecirse así mismo con tal de no oponerse a la opinión. Como puede verse, los millones de la *Standard Oil* estaban bien presentes.

Thomas H. Ince, en cambio, dió a sus comanditarios peores resultados. Ince pertenecía a otra capa social y sus producciones expresaban, con una cierta claridad, las aspiraciones de la pequeña burguesía agrícola explotada por los grandes capitales y, a veces, la apología de los pioneros del Oeste, al reflejar en la pantalla las etapas atravesadas por ellos en el desarrollo individual de la agricultura y la cría de ganados. En *Civilización*, Ince, abandona sus temas peculiares y lanza una protesta contra la guerra —mucho más a fondo que Griffith, porque los intereses de la clase que representaba habían sido más perjudicados— demostrando la incompatibilidad de una civilización que organiza periódicamente matanzas legales y sistemáticas.

Se adivina que estos films no pudieran ser del agrado de los banqueros de la *Standard Oil*, cuando era ella precisamente una de las compañías más interesadas en aniquilar al pequeño propietario agrícola para apoderarse de sus tierras en donde había la posibilidad de yacimientos petrolíferos. En consecuencia, la *Standard*, se retira del negocio y la *Triangle*

desaparece. Pero esto no quiere decir que de su existencia no pueda sacarse una conclusión concreta en apoyo a la tesis que venimos desarrollando. Por el contrario vemos hasta qué extremo, el capital de un lado y la situación económica y social de otro, han podido influir incluso en los dos realizadores más personales de la cinematografía americana.

En Europa sucede lo mismo. Los films de tipo industrial que aparecen en el mercado con un sello artístico, no es más que la expresión de la época que les determina. En Francia, los productores, se dan cuenta exacta de que han perdido un mercado que detentaban y comienzan a utilizar a ciertos realizadores desdichados hasta entonces por esteticistas y gente poco recomendable comercialmente con la esperanza de reconquistar por una vía artística lo que por vía industrial habían perdido. De otra parte, el período reconstrutivo de postguerra y el relativo bienestar económico que aporta, ofrecen un margen de beneficios a los productores lo suficientemente amplio para que éstos se permitan financiar producciones de dudoso porvenir comercial, pero cuyas experiencias artísticas les interesan. En definitiva es a esta situación y al espíritu de revisión y de no conformismo que precede a la gran tragedia a quien se debe que los grupos minoritarios trasladen al cinema esos «ismos» que ya habían formado escuela en otras manifestaciones artísticas.

En Alemania, la necesidad de reorganizar la situación económica del país y de reconstruir los haberes perdidos mano a mano, unido a la imposibilidad de acercarse a los temas candentes de su propia realidad, hace manifestarse en su cinematografía un movimiento de revalorización de lo germano que se refleja meridianamente en esa serie de películas históricas y en la apología de sus personajes más raciales.

La propia «vanguardia» no es sino la expresión de un movimiento en oposición al conformismo reinante. Es cierto que en su desarrollo hay mucho «señorismo» y mucha «independencia» por parte de una pléyade de jóvenes intelectuales, cuya situación económica privilegiada les permite hacer sus propias experiencias y manifestarse con una violencia que en otra situación menos cómoda acaso hubieran silenciado. Pero no es menos justo señalar su aporte —que ha tenido un indudable interés— como el producto lógico de un grupo que pudo expresarse con la libertad de acción con que pudieron moverse sus componentes fuera del área y de la tutela del capital industrial, aunque, posteriormente, fuesen víctimas de las organizaciones y de los «truts» comerciales, a quien entregaban la explotación de sus obras.

Esto en el terreno económico. En el orden artístico, la «vanguardia» —en donde se cobija con una confusión manifiesta el expresionismo alemán de Wiene, con el cubismo de Leger y el surrealismo de Buñuel— podría definirse en sus relaciones con el cine, con palabras semejantes a las que utiliza Aragón para definir el cubismo en la pintura (1) puesto que, como se sabe, no fué sino una reacción contra el folletín cinematográfico de los comerciantes, bien ilustrado si se quiere, pero inadmisible para los grupos minoritarios, quienes comenzaron a oponerle sus «abstracciones» imposibilitados como estaban de armonizar sus concepciones pequeño burguesas con la utilización revolucionaria del arte que les habría ofrecido una salida lógica y definitiva al callejón en donde se encontraban.

En las inmediaciones de 1928 el cinema mundial ofrece, sin duda, sus mejores manifestaciones. Nos encontramos en pleno apogeo de la técnica del cine mudo. Los mejores maestros están en pleno dominio de sus funciones, y el cine todo, como el cine, prepara su última y más armoniosa canción. Es la expresión decisiva de un siste-

(1) Se sabe que el cubismo ha sido, principalmente, una reacción de los pintores ante la invención de la fotografía. La foto y el cinema les presentaba como pueril una lucha por el parecido. «Pour un réalisme socialiste». Denoël en Eteele-Paris 1935.

(1) On sait que le cubisme, notamment, a été une réaction des peintres devant l'invention de la photographie. La photo, le cinéma rendaient pour eux puéril de lutter de ressemblance. «Pour un réalisme socialiste». Denoël et Steele-Paris 1935.

ma de expresión cinematográfica que va a morir. Son las últimas manifestaciones del cine mudo que quiere legar al sonoro —que está naciendo— un lenguaje peculiar y una experiencia de 30 años.

En realidad, es bien expresivo el hecho de que las primeras manifestaciones sonoras y parlantes de su etapa definitiva, se produzcan en el mismo momento que King Vidor produce *La Foule*; Murnau, *L'Aurore*; Sternberg, *Les Nuits de Chicago*; Sjöström, *El Viento*; Charles Chaplin, *El Circo*; Paul Fejos, *Soledad* (aportación americana); René Clair, *Le chapeau de paille d'Italie* y *Les deux timides*; Jacques Feyder, *Les nouveaux messieurs*; Dreyer, *La pasión de Juana de Arco* (en Francia); Pommer, *Retorno al hogar*; Joe May, *Asfalto*, y Zelnic, *Los tejedores* (Alemania)... Es la edad de oro del cinema que va a dar una reculada de varios años. Es al mismo tiempo la expresión de una situación y un sistema económico que quiere hacer ciertas ostentaciones antes de que se presente la crisis enunciada y precursora de su caída.

La instauración del cine sonoro y parlante como sistema de explotación cinematográfica, hecho igualmente determinado por una crisis financiera en Norteamérica, hace retroceder al cine desde su ángulo artístico. En estos momentos no se trata de hacer arte, sino de demostrar que el cine habla y canta. Y para lograrlo no se escatiman ni las palabras ni las canciones, aunque el arte sufra y la estética se aniquile. Lo importante es defender los intereses invertidos en la industria. Cuando se obtengan buenos dividendos o magníficas ganancias se pensará en el arte. Ejemplo: *Cavalcade*, de Frank Lloyd, gran éxito comercial de 1933, y *Berkely Square*, en donde la Fox, colmó los más íntimos deseos del realizador en compensación a sus concesiones morales y materiales de *Cavalcade*.

No queremos cerrar este artículo sin unas notas sobre el arte cinematográfico en relación con Charlie Chaplin y el cinema soviético. Charlot y los cineastas rusos, escapan a la jurisdicción del campo comercial que hemos venido amojonando, y son claras y ejemplarizantes excepciones dentro del cinema internacional. Chaplin, desde el momento en que logró una plena y absoluta libertad de acción al crear en 1919 —junto a otras primeras figuras del cine americano— sus propios estudios de producción y su propia casa distribuidora, escapaba a toda tutela política o financiera que le obligase a truncar la maravillosa continuidad de toda su obra. Es cierto que Charlot, genio excepcional al servicio del cinema y maestro en la utilización de sus formas, habría dado siempre la nota personal y elevada de su valor, pero no es menos cierto que sin la independencia con que se mueve, Chaplin, habría sido esa víctima propicia que ha sido Buster Keaton y tantos otros artistas y directores atados de pies y manos a los productores y, consecuentemente, a las fuerzas esenciales que les dirigen.

En cuanto al cine soviético, no ha sido solamente su valor técnico o artístico quien le ha situado en la posición excepcional que ocupa. Es indudable que en el terreno puramente estético trajo aportaciones bien sólidas. Pero si estas aportaciones no hubiesen aparecido estrechamente vinculadas a la idea «misse en valeur», no habrían provocado la reacción que causaron. Al establecer un equilibrio entre las fuerzas políticas y económicas que le animaban, y el arte, a través del cual se manifestaban, el cine soviético, adquirió una unidad de intereses compatibles que edificaban su evolución lógica y armoniosa. Libre de las contradicciones en que el cine capitalista se mueve defendiendo los intereses de una clase en perjuicio de los de la otra, la propia existencia del cine ruso, su evolución lenta y segura, su ritmo ideológico y su desarrollo industrial, es la prueba más palpable y objetiva que podemos ofrecer en este momento, al oponer su marcha ascendente y sus grandes perspectivas, frente al desarreglo y las contradicciones en que el cinema capitalista internacional está sumergido.

JUAN PIQUERAS

París y enero de 1936.



ELEGIA A AIDA LAFUENTE

Cuando el frío golpeaba en las calles con impaciencia;
cuando las balas eran heridas por el sordo disparo de la pólvora;
cuando Oviedo era un pájaro o un cadáver abandonado;
entonces fué.

Cuando sobre una acera quedó aplastado un arroyo de sangre recientemente
[derribada;
cuando el odio se encaramó en las vallas, subió a las torres, rugió en las
[minas;
cuando la muerte acechó impasible, con su pico de acero, en las esquinas y
[en los tejados;
fué entonces.

Escuchadme.

Eras viento presente con tu sonrisa y con tu mano, yo lo recuerdo.

Ibas, venías con un agua en la boca, con un aliento en la mirada.

Eras aire, cabello, rosa o estallante explosivo.

Eras algo que hierve. Corazón o presencia.

Escuchadme, escuchadme; yo lo sé y os lo digo.

Dominabas las balas y alejabas la muerte.

Le vendabas la herida, le apagabas la sed, le cerrabas los párpados al muer-

[to sobre la tierra removida con la cintura reventada,
cuando la fría mano del enemigo arañaba la última piel de un pecho tume-
[facto que se hundía,

de un horroroso mundo detenido en la noche como un crimen.

Podéis creerme.

Nadie gritó más fuerte la injusticia del universo, la alegría de otra existencia.

Aún las calles de Oviedo se estremecen bajo tu voz ensangrentada.

Aida Lafuente, camarada,

¡los obreros de España te proclamamos nuestra madre!

PLA Y BELTRAN

EL TIEMPO QUE SE VIVE

EL CRISTO Y LA ESPADA

Así como en el otoño caen las hojas secas, en este gran otoño de una historia vieja caen las apariencias y las cosas se transfiguran en realidad. Y no viceversa. Porque como en el cuento célebre, la apariencia era la oveja y la realidad el lobo. El lobo deja ahora su disfraz y pasea cínicamente su insano apetito. Caen las hojas secas de la rama del olivo simbólico y aparece desnudo el cañón de la guerra. Porque el olivo sólo es de hoja perenne en la realidad y no en el símbolo. Baja el cristo de la cruz y sólo queda la espada, o la doble horca. En nuestras Iglesias, se encuentran pistolas ametralladoras donde dicen que sólo reside Dios, y los discípulos del de «si te dan un golpe pon la otra mejilla», se lamentan en su prensa de la falta de puntería de unos ojos asesinos, y cada cosa se transfigura en su contraria, que paradójicamente es su verdadero ser. Parece como capricho de la historia esta «mise en valeur», esa alineación de todas las cosas con sus rostros verdaderos, con su filiación exacta para hacer liquidación de un de época, para empezar con todo dispuesto, la cuenta nueva.

En Méjico, nuestra santa Madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana se dedica a adiestrar a sus discípulos en el apostolado del asesinato. Son los de «viva España!» o «viva Méjico!» —lo misma da— al servicio de la internacional negra de Roma, que también tiene su dialéctica. Amigos del orden hoy, incendiarios y asesinos mañana, son los descendientes directos del cura Santa Cruz, animador de las mesnadas carlistas y católicas de violadores de mujeres, de incendiarios y desvalijadores de hogares. «A. M. D. G.»

Copiamos de «Heraldo de Madrid»:

«...Pero, como es de suponer, la grey cristera no se resignó a aceptar esta política de un Gobierno legítimo y que como tal representa a la inmensa mayoría del pueblo mejicano. Y empezaron los crímenes. Infinidad de maestros de escuela fueron mutilados salvajemente por impartir la «enseñanza socialista». Uno tras otro fueron asaltados numerosos pueblos y, por último, la voladura del tren de Veracruz a la capital de Méjico.

¿Por qué este nuevo crimen? Porque por ese ferrocarril viajan diariamente centenares de extranjeros. Y los «cristeros» pretenden provocar una invasión de potencias extrañas, lo que lograron a fines del siglo pasado.

Con motivo de las últimas elecciones para diputados y gobernadores, en las que no ha triunfado ni un solo candidato reaccionario, sino que ha correspondido la totalidad del triunfo al Partido Revolucionario, los «cristeros» han recrudecido sus ataques al Gobierno y a las fuerzas de izquierda que le apoyan.

Al grito de «Viva Cristo Rey!» incendian fábricas, dinamitan ferrocarriles y arrasan poblados y fincas. Esos son ahora los bandidos mejicanos, calificativo con el que la Prensa conservadora internacional tildaba en los años de la revolución a las grandes masas. Nada como el tiempo para fijar los conceptos. Los únicos bandidos que ha tenido Méjico han sido esos delincuentes que invocando un absurdo histórico cometen toda suerte de fechorías para defender sus ilegítimos privilegios materiales.

En Méjico, como en España, la lucha entre los antropoides cristeros y los hombres civilizados se mantendrá encrespada mientras que a las huestes clericales se les aplique la juridicidad.

Conste, pues, que en Méjico no hay más bandidos sueltos ni organizados que los que defienden inhumanos privilegios que el pueblo trata de extirpar definitivamente.»

POLITICA Y CIENCIA PURA

El mundo de la ciencia ha perdido, el 17 de febrero pasado, al sabio soviético Pawlow, el más célebre de todos los profesores de la fisiología moderna. No intentamos dar la noticia; pero se deriva de esto un hecho que viene a demostrar una vez más la rectitud y consecuencia de nuestros organismos representativos. Siempre hemos creído que, a pesar de todo, la ciencia salva su integridad y su pureza aún dentro de la órbita de las actuales relaciones internacionales que el sistema capitalista establece. Y nos refuerza esta opinión el hecho de que la Academia Española de Medicina, reunida en sesión extraordinaria como corresponde a acontecimientos de importancia, decidió que: «No había lugar a transmitir ninguna muestra de condolencia por la muerte del eminente fisiólogo, ya que ni la U. R. S. S. estaba reconocida por España, ni la Academia de Medicina de Madrid mantenía relaciones científicas con la de Leningrado». Podemos estar satisfechos de la rigurosidad científica que esto demuestra y congratularnos de que los destinos de la ciencia en España estén salvaguardados por tan rectas conciencias.

Porque, suponemos, que en lógica consecuencia, los señores sabios de la Academia de Medicina pondrían el veto a todas las teorías con las que se dice que Pawlow ha enriquecido la fisiología, supeditando así el desarrollo de la ciencia en España a las disposiciones de la «Gaceta».

QUESTIONES DE PSICOLOGIA

La Psicología es una ciencia que está de moda. Quien lea la prensa de derechas o las opiniones de los prohombres reaccionarios de cualquier país, se convencerá de esto. Determinismo psicológico. Porque la psicología de un pueblo no es solamente exponente de lo que ha sido sino también de lo que será en cualquier futuro. Los pueblos que han aguantado en su historia toda clase de vejaciones y tiranías, lo más psicológico es que la sigan aguantando hasta el infinito. De ahí la imposibilidad práctica de la implantación del Comunismo en ciertos países, al decir de los eminentes exaltadores de la psicología nacional.

Unamuno, el gran exaltador de la psicología de la España reaccionaria, se enfurece cuando presencia las formaciones revolucionarias de nuestras juventudes: «España es hoy un país de tontos y de locos.» Según el señor Unamuno al español no le está bien sublevarse contra «su» nobleza, contra «su» burguesía, contra la explotación y contra el hambre. Nunca fué así en la historia y, por lo tanto, no puede el pueblo español digerir las teorías extranjeras de gobiernos de Frente Popular o de dictaduras del proletariado.

También el ex presidente Calles ha dicho recientemente: «El Gobierno mejicano intenta implantar el Comunismo, pero el pueblo mejicano lo rechaza como impracticable en Méjico.» (En el momento de detener al ex presidente para expulsarlo de Méjico, le encontraron leyendo «Mi lucha», el célebre libro de «psicología experimental» de Hitler, cuyas teorías, a lo que parece, son las más adecuadas para salvar las psicologías nacionales del universo.)

Todos estos sedicentes profesores de la «psicología de las masas», añoran la desorientación, la falta de madurez de las masas populares de antaño. Desearían continuar observando al pueblo desde el ángulo en que el pastor contempla su reata. Psicología de borrego dispuesto a dejarse llevar a cualquier parte, hasta al matadero, antes que decidirse a disponer él mismo de su destino.

Pero la historia nos enseña en qué acaba eso del «determinismo psicológico», así como también la técnica de cambiar la sedicente «psicología nacional». Bajo el régimen autocrático de Luis XVI, nadie, salvo los componentes y mentores del «tercer estado», creían adecuados los postulados de la naciente democracia a la idiosincrasia histórica del pueblo francés. El cuento de hoy sigue siendo el mismo.

La cuestión es demasiado estúpida para ser tomada en serio. La historia se ríe cada día de esta estulticia, y las masas continúan adelante, imperturbables, su camino.

UN GRAN ARTISTA EXILADO DE ALEMANIA

Henri Barbusse, amigo suyo, dijo de él:

Un gran pintor antifascista, perseguido por la dictadura hitleriana, se encuentra en París sin recursos. En su socorro se ha formado el Comité de Ayuda pro Max Lingner, que ha lanzado la iniciativa de organizar en España una exposición de sus trabajos (dibujos y cuadros) revolucionarios. El objeto es el proporcionarle facilidades de venta y propaganda para obtener un auxilio económico. Muy pronto la prensa de izquierdas publicará algo en este sentido.

Nuestro deber como artistas e intelectuales es ayudar con nuestros medios, por modestos que fuesen, a que Max Lingner, colaborador de «Avant Garde» y «Monde», encuentre un ambiente favorable y acogedor...

«...Presentar a Max Lingner, a propósito de esta serie de evocaciones de la Banlieue de París, es para mí un deber de amistad, porque le conozco desde hace tiempo y no es posible conocer sin amar a un hombre que es la modestia y el desinterés personificados y que, capaz de todos los sacrificios por una causa, como lo ha probado, encarna de la manera más alta la devoción y la fe revolucionarias... No hay en toda su tumultuosa producción un croquis, una silueta, un grupo de personas, un cortejo, una fiesta, una muchedumbre (y él sabe mover unos conjuntos de muchedumbres con muchedumbres) donde no estén dibujados o pintados, entre decorados que son siempre de una amplitud magistral, la injusticia, la miseria y la revuelta... Su realismo socialista en acción le empuja a las grandes obras decorativas sobre el papel, sobre la tela, sobre los muros, el gran fresco decorativo, patéticamente sobrio de colores, realizado en negro y gris, destacándose en rojosombros que aparecen sobre los rostros o en algunos detalles de sus criaturas, en forma de banderas rojas en los desfiles y en los tumultos populares...».

VEINTE AÑOS DE EVOLUCION DEL PENSAMIENTO

MANIFIESTO DE SANTIAGO

Transcurría 1916: Europa, en un frenesí suicida, se enfangaba en espeso torrente de sangre y lodo.

La Banca internacional se frotaba de gozo las manos ante el sumando de dividendos.

Los magnates neoyorquinos, ingleses, franceses y de otros países, entregaban pomposamente unas limosnas para los mutilados de guerra, mientras por otra parte, las acciones y los negocios pingües —productos del sacrificio de tantas vidas—, les ofrecía margen, para poder gozar de ostentación, de placeres y de libertinaje. Por otro lado, las queridas y esposas de estos «venerables» ciudadanos, se ofrecían por unos momentos como enfermeras en los innumerables hospitales, para con sus manos ensortijadas y provocativas, ofrecer una taza de caldo y unas palabras de consuelo a los soldados defensores de la patria.

Tenía que terminar la guerra, y terminó. ¿Fue porque los impulsores de ella se encontraban ya ahitos del producto que les ofrecía esta sangre y este lodo enrojecido? ¡No! Las hienas nunca se encuentran ahitas.

Los lobos, mientras más carne humana devoran, más fieros se vuelven.

La guerra terminó, porque la pauperización, la miseria, el hambre, la enorme tragedia y un dolor universal inmenso, inundó asimismo a todos los pueblos, a toda la masa, que servía y sirvió para tan macabro festín y, por la desesperación, se operó la transformación en las conciencias.

En una parte de la Europa Oriental, brotó el primer chispazo de la rebelión.

Las primeras palabras de condenación, fueron pronunciadas por un hombre, cuya vida y cuyo recuerdo, vivirá perenne en la memoria de todo el pueblo laborioso universal, porque a su viril ejemplo, se debe el actual período sublime y crítico de renovación que estamos viviendo.

Los que, aún barbilampiños, conocimos de esta tragedia.

Los que sentimos en nuestra sensibilidad el dolor de semejante desastre.

Los que desde un principio, por imperativo de nuestra limpia conciencia, condenamos la obra sangrienta que vistió a Europa de luto, no nos resistíamos a callar, castrando nuestro sentir y olvidando nuestro odio.

La historia seguía su curso.

Igual que un río.

Como el tiempo.

En un ir y devenir.

Pero las llagas, las cicatrices, las amputaciones y los cadáveres, mostraban al mundo entero el inmenso crimen y...

Un libro —como timbal que en el concierto revolucionario ruso sonara con zumbidos de tormenta— anunció la visión de la desnuda realidad del hecho.

Ludwig Renn, tuvo la nobleza y la valentía de decir al mundo quiénes eran los criminales, quiénes los fariseos, quiénes los inductores de la colectiva carnicería.

Desde este instante, el mundo intelectual despierta. Desde entonces, otras plumas se enristran y el pulso firme de nuevos escritores exteriorizan la repulsa y condenación sobre el hecho.

La «democracia», esa palabra adulterada por tantos arrivistas del tablado político mundial, es desnudada, y su cuerpo corrompido por tantas lacras, se muestra a la humanidad para decirles de dónde parten todas sus enfermedades y dolores sociales.

De dónde proceden y por qué se emplean contra hermanos las armas mortíferas, exterminadoras de una generación radiante de juventud, ayer vejadas y sangrantes, inutilizadas hoy.

A partir de tal momento histórico, el intelecto universal se revuelve contra los ladrones, contra los asesinos, contra los fomentadores de muertes colectivas.

La obra efectuada, entre los hechos del Oriente Europeo, con su trastocamiento so-

cial y político, y su patente reencarnación en un mundo nuevo, infiltra ardores sublimes a las plumas valientes del pensar rebelde y revolucionario.

Se lee, con sed de enseñanza, con ansias de conocimiento, a Barbusse, a Romain Rolland, a Renn, Remarque, Gorki...

Y es así como el intelectualismo mundial, hasta tal instante castrado, sumiso, obediente al pensamiento dieciochesco, y siguiendo su ruta de absurdos concepcionales, se abre en dos frentes, mostrando en el panorama internacional de las letras, una enorme grieta formadora de dos extremidades que abarca un profundo abismo.

Hoy, a los veinte años transcurridos, se ha operado tal evolución en las ideas, que sin vanos eufemismos, podemos asegurar, que el ropaje cursi, idiota y ramplón, con que se nos pretendía vestir a los intelectuales, a los escritores, a los artistas, se encuentra ha tiempo invadido por la polilla que los años de olvido le ha transferido el guardarropía.

Hay maestros, como Valle Inclán —desgraciadamente desaparecidos—, que tuvieron la virtud de comprender la razón que asistía a los jóvenes discípulos, al abrazar con verdadero frenesí y entusiasmo, el nuevo pensamiento forjador de nuevas ideas.

Hay otros que, encastillados en su individualismo pensante, se resisten a querer admitir las modernas concepciones reales.

Parece que les da miedo el enfrentarse con el Oriente.

Creemos que les infunde pánico el claror que les ha producido en su inteligencia, la comprensión del ideal científico.

¿La Economía política? ¡Eso no interesa a los escritores, ni a los artistas! El arte es antipolítico —parecen decir con su actitud de anacoreta o su conducta de franciscano.

Pero la realidad, desde dentro, mirando por los visillos de la ventana hacia la calle, les lleva a indagar, a interrogar, el porqué de tal gritería. Y el «maestro» se aterra, ¿Los estudiantes?

Si, los estudiantes de Bellas Artes, como los de Farmacia y Filosofía y Letras,

que devienen a la vida política, a la vida activa, que les interesa, porque el pensamiento ha evolucionado y exigido, por imperativo del momento histórico, el tratar las cosas, no a la manera jesuitica casuística, sino de formas enérgicas y definitivas.

Nuestro panorama intelectual, ayer cubierto de tinieblas, sumido en una obscuridad de profundo abismo, se encuentra hoy, ante un sol radiante que lo ilumina todo, que lo enaltece, que lo sublima, que nos lleva y conduce, al lugar que en el terreno internacional de las letras revolucionarias, nuestra juventud intelectual merece: García Lorca, Espina, Sender, Arderius, Arconada, Alberti...

Sabemos de cuánto puede esperarse y superarse con estos jóvenes cerebros de nuestra vanguardia literaria.

Tenemos la evidencia del valor de su rendimiento, la seguridad de cuanto ha de representar sus esfuerzos, y el fruto exuberante que ha de darnos su cosecha.

Aunemos nuestros entusiasmos, a fin de que en otro plazo menos corto, esta evolución, este encumbramiento y tal excelstitud,

nos conduzca a la meta final de nuestros deseos, como premio a nuestra viril lucha, y como en el lado internacional revolucionario nos corresponde.

J. FUENTES CALDERAS
Sevilla, Febrero 1936.

Estimados camaradas:

Todos los firmantes, somos lectores de NUEVA CULTURA. Todos nosotros, conocemos perfectamente el desenvolvimiento sistemático que hacéis desde sus columnas por la civilización y la cultura, «por la creación de nuevas formas de vida». También nosotros estamos por esas «nuevas formas de vida» a las que nos sentimos estrechamente ligados. Por eso, no dudamos en ponernos al servicio del movimiento intelectual proletario y confiamos que nuestro pequeño refuerzo, en pro de la organización de una nueva cultura, arte y técnica proletaria, sea eficiente e imitado por todos los escritores, artistas y obreros españoles.

Expresamos nuestra amistosa adhesión a NUEVA CULTURA y testimoniamos nuestra sincera felicitación por el gran acierto en dirigir la lucha por la organización de una nueva vida (donde se desarrolle un arte y un nivel cultural general, donde haya libertad de espíritu y Humanidad), manifestando que vuestros sentimientos son los nuestros y que estamos con la voluntad de las masas trabajadoras para impedir la guerra y el fascismo.

Nuestras plumas o puños airados, estarán junto a los vuestros para detener su paso: ¡Odiemos estas plagas sociales! Sí, digámoslo en alto: ¡Somos antifascistas!

Santiago, diciembre 1935.

Juan Jesús González, Abogado, escritor y periodista; Arturo Cuadrado, Periodista; Carlos del Valle Inclán Blanes, Estudiante; Rodrigo Álvarez Santos, Maestro Nacional; Laureano Guerra, Técnico; José Fernández Silva, Empleado; Joaquín Bermúdez, Empleado; Antonio Alonso Puente, Médico; Antonio Soto, Peluquero; Andrés Pérez, Peón; Manuel Lema, Perito Mercantil; Andrés Miguez, Cantero-marmolista; Alvaro L. Brenlla, Maestro Nacional; Jesús L. Touriño, Industrial; A Mañas, Contable; Modesto Pazín, Empleado; Manuel Villar, Maestro Nacional; Jesús Parrado Empleado (Corresponsal).

A NUESTROS LECTORES

En adelante NUEVA CULTURA dedicará el debido espacio y la necesaria atención a cuantos trabrjos se le remitan, recogiendo en sus columnas todos aquellos que, a criterio de la redacción, mayor interés. Así mismo, piensa ocuparse de una manera especial, de la correspondencia de nuestros lectores y amigos, extractando en la Revista los puntos más salientes de algunas cartas, o bien publicando íntegras las que por su importancia así lo requieran. Con lo expuesto, esperamos contribuir al desarrollo literario de la joven generación española, y juntamente con los consejos y orientrcciones que daremos, llegar a establecer la verdadera ligazón espiritual que todos aspiramos.

LIBROS

M. F. ALVAR: "La gran obra de la Sociedad de Naciones"

De todos los libros publicados, destacan nerviosamente aquellos que, por la índole de su contenido, cautivan y apasionan a las gentes ligandolas a lo que en cada hora del presente tiempo constituye el gramo que con su peso insignificante, alterara la marcha y el estado de las cosas en el orden internacional, y, por consiguiente, en el nacional.

Uno de ellos, independientemente de su calidad, es el que lleva por título: «La gran obra de la Sociedad de Naciones. Palabras de don Salvador de Madariaga», por M. F. Alvar. A través de sus páginas, su autor construye un elogio, aunque discreto, del organismo ginebrino, sin dejar, y este es su interés, de analizar objetivamente el desarrollo y sus causas, pasando por la metamorfosis que, iniciada en los catorce puntos del mensaje del Presidente Wilson (8 enero 1918), culmina en las soluciones que, como tal entidad jurídica, provocó el conflicto italo-etíope.

Va precedido el texto de unas palabras encomiásticas del señor Madariaga sobre la S. de N. que, luego de su fracaso con respecto a Etiopía, suenan a campanas de anuncio. Entre otras cosas, dice: «Los principios éticos que forman la base del Pacto son ya demasiado fuertes para que nación alguna pueda abjurar de ellos. La guerra es en adelante imposible para los países civilizados». Recordemosle, sin embargo, a Italia, Alemania y Japon.

Sigue a estas palabras del Presidente del Comité de los Trece un prólogo del autor del libro, en el que se anticipa ingenuamente a los acontecimientos: «La Sociedad de Naciones, en el conflicto italo-abisinio, se ha revelado capaz de afrontar las situaciones más delicadas. Gracias a su actuación, hemos podido hacer la economía de una guerra gravísima. La institución ginebrina saldrá consolidada y veremos cómo en lo sucesivo no se impondrá a los Estados débiles la ley de los poderosos.»

Esto se escribió mucho antes de que los bombardeos fascistas sobre Addis-Abeba silbasen los oídos de un prematuro profetismo.

Inicia Alvar el primer capítulo definiendo y explicando el nacimiento y composición de la S. de N., analizando sus fines «fundados en la justicia y el honor internacionales», lo mismo que el Pacto, de cuyos aspectos fundamentales sobresale el derecho de autodeterminación de los pueblos, magnífica premisa de la concepción liberal de la historia, extraída del abstracto derecho de gentes preconizado por la revolución de 1789. Y consecuentemente a este principio, le es inherente el artículo 10 del Pacto, estableciendo el compromiso de respetar y mantener, contra toda agresión exterior, la integridad territorial y la independencia política de todos los miembros de la S. de N., y en caso de agresión, incumbe al Consejo el determinar los medios para hacer cumplir esta obligación.

Continúa el autor exponiendo con precisión exacta y clara el contenido jurídico y la organización técnica de la Sociedad, los medios coercitivos que en el caso de un desacuerdo entre miembros o no, conduce a llevar a cabo medios que, desgraciadamente hasta la fecha, no se han puesto en práctica más que en un aspecto, estudiadamente débil, como en el caso del artículo 16 sobre las sanciones al beligerante definido como agresor. Continúa la exposición del pacto: «Modificación del «statu quo», «Desarme» y «Mandatos». La cuestión del desarme, maravillosamente impugnada por la delegación soviética, figura en el artículo 8. Define luego el régimen de mandatos y sus distintas clases (política colonial en África, Asia, Oceanía), y continúa con la «Protección de minorías» étnicas, idiomáticas, religiosas, dentro de un Estado, analizando sus cinco tratados. Insiste luego sobre el Desarme, o, mejor dicho, sobre la Conferencia del Desarme y el acuerdo general sobre los siguientes

puntos: 1) abolición de bombardeos aéreos, armas químicas, incendiarias y bacteriológicas; 2) limitación cualitativa y cuantitativa; 3) intervención en la fabricación de armamentos; 4) publicidad de los gastos de defensa nacional; 5) vigilancia de ejecución del convenio y garantías. Todo ello para la concepción fascista (germana, italiana y nipona) se ha convertido en «chiffon de papier».

Continúa con interesante documentación exponiendo el texto de varios tratados y pactos: Locarno (compromiso de no agresión adquirido por Alemania respecto a Francia y Bélgica y viceversa). Pacto de París, Balcánico y los Tratados de Londres sobre definición del agresor; 2) Invasión por fuerzas armadas, aun sin declaración de guerra, del territorio de otro Estado...

Sigue el autor examinando con alto criterio de erudición jurídica internacional las Discordias Políticas de que se ha ocupado la S. D. N., y en capítulos que se suceden, se ocupa de la organización de la S. de N. (Asamblea, Consejo, presupuesto, miembros) y del Tribunal Permanente de Justicia Internacional, así como de la O. I. T. (Oficina Internacional del Trabajo), sobre el trabajo de los niños, mujeres, horas, etc., Organización de la Higiene internacional, Trata de Blancas, Ayuda a Refugiados, la Cooperación Intelectual Internacional, etc....

Pero, a nuestro juicio, la parte más interesante del libro es la segunda, en la que nos presenta un claro, diáfano y expresivo film del origen y desarrollo del conflicto italo-etíope, descubriendo el juego falso y canallesco de la Italia fascista, no solamente con respecto a Abisinia, sino también con la S. de N. La fecha de aparición del libro, 22 de febrero de 1936, en que todavía no había fracasado Ginebra, hace que el autor emita predicciones ingenuas sobre la pronta y fácil solución del conflicto etíope, mediante el poder e instrumentos coercitivos de la Sociedad. Pero se olvida que no es precisamente una auténtica democracia internacional lo que impera en Ginebra, los corifeos allí son Inglaterra y Francia, y las demás pequeñas potencias son el coro a pesar de ellas mismas o se anulan. Únicamente desde el ingreso como potencia de primer orden de la Unión Soviética y las magníficas intervenciones de Litvinof en los problemas de más envergadura en el orden internacional, la S. de N. cobró más eficacia y rectitud en su política débil y vacilante.

El conflicto italo-etíope proyecta su raíz inicial hacia finales del pasado siglo, como uno de los episodios de expansión y explotación colonial que inician las potencias de Europa en el siglo XVIII.

Pero como Alvar nos habla de la S. de N., se ocupa del conflicto en cuanto en éste interviene Ginebra, ateniéndose en su informe solamente a documentos oficiales. Se remonta a los años que van de 1900 a 1908, en que Francia, Inglaterra, Italia y Abisinia concluyen diversos tratados para definir las fronteras entre Etiopía y las colonias italianas. En el acuerdo tripartito de 1906 entre Francia, Inglaterra e Italia, las tres potencias invocan el interés común de mantener intacta la integridad de Etiopía. Luego, en 1923, y a instancias casi exclusivas de Italia, pero unánimes también de los miembros, Etiopía fué admitida en la S. de N. En el año 1925, Inglaterra e Italia acordaban, sin contar con Abisinia, varias violaciones indirectas sobre la integridad de la misma, a las que ésta manda su protesta. El 2 de Agosto de 1928, Italia y Abisinia acuerdan someter a procedimiento de conciliación y arbitraje, sin recurrir a las armas, los litigios, y sin embargo, Italia, basándose en argumentos de índole interna e histórica, declara que con Ginebra, sin Ginebra o contra ella, intervendrá en África, para salvar de la barbarie a Abisinia, que constituye un peligro para Roma, y cumplir la misión histórica y eterna que cumple a pueblos de glorioso fin como a Italia fascista. Etiopía, modestamente, pide una comisión de asistencia a la S. de N. que investigue sobre la pretendida barbarie; la comisión informa favorablemente a Etiopía, y entonces Italia invade con gases bacteriológicos, destruyendo hospitales y violando los derechos más elementales del Pacto.

Ginebra define ante Europa la agresión del fascismo mussoliniano. Pero en vez de la rápida y eficaz intervención de los miembros de la S. de N., como está consignado

en el capítulo 16, se demoran las sanciones y la efectividad del organismo se pierde en largas conversaciones y múltiples comités; el de los cinco, el de los seis, el de los dieciocho, mientras el pueblo abisinio se desangra aislado, sin recibir la menor ayuda que con arreglo al derecho internacional exige de las potencias firmantes del pacto. Las sanciones se aplican con lentitud y escala desesperante, y termina el libro con un párrafo en que el autor ve como única solución que si se aplica el embargo de petróleo y si los abisinios se resisten hasta mayo (o sea se dejan asesinar), tal vez el Duce flaquee en su criminal acción. Entonces, ¿y la S. de N., para qué sirve? Mientras se aplican las sanciones, Inglaterra vende petróleo y hulla —claro está, particularmente— a Italia, y se dispone a hacerle a Hitler un empréstito de 23 millones de libras, a pesar de la violación de Locarno.

Y es que el autor desconoce que por encima de la S. de N. se conjugan intereses imperialistas que son más «sagrados» que todo el pacto liberal de Ginebra.

JUANINO R.

REVISTAS RECIBIDAS

TIERRA FIRME.—Madrid. Año II, número 1 1936. — Miguel Pérez Ferrero: Dos poetas españoles en América y uno americano en España. — José María Ots: La expansión del derecho español en las Indias.

RUTA.—México, marzo.—Lorenzo Torrent Rozas: Nueva perspectiva de la literatura revolucionaria.—José Mancisidor: Panorama de la literatura mexicana.

POLEMICA.—Habana, marzo. — Guillermo de Zendequi: La responsabilidad universitaria. — Carlos Montenegro: Sarmiento, un hombre de América.

UNIVERSIDAD DE LA HABANA, 11-12, 1935.—Emerson Swift: Arte y civilización. — José Pérez Cubillas: Fascismo y comunismo.

UNIDAD.—Buenos Aires, febrero. — R. González Tuñón: El escamoteo de Martín Fierro. — María Luisa Carnelli: Asturias, pujante tierra. — Augusto Bunge: La revolución stajnovista.

ESFUERZO.—Montevideo, febrero. — Dr. Juan Lazarte: Crisis de la democracia.

LA REPUBLICA DE LES LLETRES. — Valencia, gener març.—Número dedicado al Centenario de Teodoro Llorente.

JUNY.—Barcelona, gener. «Cenacle de joies veritablement catalanes i de bona voluntat».

SUR.—Málaga, enero-febrero. — E. García Luengo: Surco de Valle Inclán.— María Teresa León: Madre del hombre. — G. Sánchez Vázquez: Raza frente a cultura.

COMMUNE.—París, marzo. — Homenaje a Romain Rolland. — Lunatcharsky: Henri Heine, pensador.—G. Friedmann: La relève, etc.

SOUNTES. — París, núm. 2. — Aragón: El sueño de una noche de verano. — Juan Giono: Otoño en Trièves. — Luc Decannes: Cantata burguesa.

THE FIGHT.—Nueva York, abril. — George Seldes: Primera casualidad. — Reid Robinson: Un pueblo y su historia. — Peter Jonas: Destierro.

JOURNAL DE MOSCOU.—14 abril. — Información sobre el Congreso de los Komsomols. — V. Maiakovsky en el extranjero.—Alejandro Dutch: Michel Zochtchenko.

REGARDS.—París, 9 abril.—Encuesta de Paul Gsell sobre el teatro popular: respuesta de J. Richard Bloch y G. Huisman. — Una página de Goethe.

(Continuará)

La epopeya de la colectivización del cultivo del campo. Una trama novelesca de interés apasionante.

Esta es la novela que acaba de aparecer de

Miguel Cholakhof

con el título:

«Campos roturados»

En el próximo número de **NUEVA CULTURA**, publicaremos la crítica del mismo. Recomendamos a nuestros lectores su lectura.

Precio 5 pesetas. Pedidos a:

EDICIONES EUROPA - AMERICA

Layetana, 17

Barcelona

ILYA ÉRENBURG EN ESPAÑA

El gran escritor ruso está entre nosotros otra vez. El fruto de su primer viaje, ya lo conocemos todos. Es esa «España, república de trabajadores», tan discutida como llena de fecundísimas reflexiones sobre la República de 1931. Como entonces, «Izvestia», encarga a Erenbourg un reportaje sobre la situación política española. Esta actitud novísima del escritor de nuestro tiempo, merece atención y comentario. Erenbourg ha ido al campo español, ha hablado con los campesinos, ha recogido sus impresiones, sus deseos, sus propósitos. Ha visto muy de cerca, palpándolo, el movimiento revolucionario en el campo y en el taller. Una nueva época se inicia, en la que la cultura no es un privilegio extraño al pueblo, y en la que, además —y esto también es esencial— hay una dedicación del escritor a los problemas más inmediatos y populares en la misma entraña viva, lejos de la biblioteca para eruditos y de las academias para desocupados. Erenbourg es un escritor de este nuevo mundo y lleva consigo ese aire feliz y joven que tiene la U. R. S. S. para nosotros, los occidentales.

A los corresponsales

Como indicamos en la última circular en números sucesivos publicaremos los nombres de los corresponsales que no efectúen las liquidaciones de nuestra revista con la regularidad debida.

«Nueva Cultura»

Se confecciona en los
Talleres Tipográficos

de **IMPRESOS COSMOS**, situados en
Pintor S. Abril, 38 - Tel. 17990 - Valencia

PROBLEMAS DE LA NUEVA CULTURA

Número 2

Contendrá entre otros
los siguientes trabajos:

Lenin: Notas sobre Clausewitz.
Bueno: Erasmo ante el Nuevo Humanismo.
Polémica: Carta de Sánchez Barbudo y respuesta de «Nueva Cultura».
Carreño: Contestación a «Gaceta de Artes».
Miguel Alejandro: Rimbaud.

Miguel Alejandro: «Candente, horror», de Juan Gil Albert.
Nadal: Perfil contemporáneo. (Comentario a la Historia del Bolchevismo de Popof.)
Etc., etc.

NOTA — *Problemas de la Nueva Cultura* aparecerá por lo menos seis veces al año y el precio de los números será variable según el contenido. No se admitirán por lo tanto, suscripciones

Para más detalles, dirigirse a nuestro apartado.

Programa de las emisiones en español organizadas por el Consejo Central de los Sindicatos Soviéticos. Mes de Mayo de 1936

VIERNES 1.—Onda 1.724 y 25 metros. Desde 7 h. de España. La fiesta del 1.º de Mayo. Transmisión desde la Plaza Roja de la parada.
SABADO 2.—Reportaje sobre las fiestas del 1.º de Mayo en Moscú.
DOMINGO 3.—Delegados obreros al micrófono. — ¿En qué se distingue el socialismo del comunismo?
MARTES 5.—Delegados obreros al micrófono. — La política mundial vista por la prensa soviética.
JUEVES 7.—Delegados obreros al micrófono. — «El capital más precioso es el hombre». (Un año después del discurso del camarada Stalin.)
SABADO 9.—Revista de la semana. Contestación a preguntas.
DOMINGO 10.—Preparando el verano. — 800.000 bicicletas al año. (Una visita a una fábrica de bicicletas de Moscú.)

MARTES 12.—De la historia del movimiento revolucionario. — La política mundial, vista por la prensa soviética.
JUEVES 14.—Un viaje a Ucrania. — El arte popular soviético.
SABADO 16.—Revista de la semana.
DOMINGO 17.—Velada literaria.
MARTES 19.—El papel de los artesanos en el socialismo.
JUEVES 21.—El matrimonio, el divorcio, «alimentos», etc. en la U. S.
SABADO 23.—Preguntas y respuestas.
DOMINGO 24.—La vida de una célula de la J. C. en una fábrica.
MARTES 26.—La justicia soviética.
JUEVES 28.—Konsomolsk, la ciudad de la J. C.—El piloto más joven.
SABADO 30.—Preguntas y respuestas.
DOMINGO 31.—Cómo se administra una aldea soviética.

Estas emisiones se efectuarán los martes, de 23 a 24 horas, por onda de 1.724 m.; los jueves y sábados, de 22 a 23 horas y ondas 1.724 y 25 m., y los domingos, de 2 a 3 de la madrugada del lunes, con onda de 25 metros.
Los días 5, 11, 17, 23 y 29 a las 16'30 horas, por onda 1.724 metros emisión de ópera desde el Gran Teatro de Moscú.
Los radioescuchas que den indicaciones para confeccionar estos programas, se les contestará y enviará interesantes revistas, postales o piezas de música.

RADIO CENTRAL MOSCÚ (U. R. S. S.)

ZODIACO POLITICO



—No tendría nada de particular que ganase Hitler las elecciones.
«Evening Standard» Londres



Distancias.
—De lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso.
—Y de la democracia a la primada otro.
Dibujo de Bluff en «La Libertad» de Madrid.



—La S. de N.—¡Sonriase!
«li Sette Bellon» Roma.



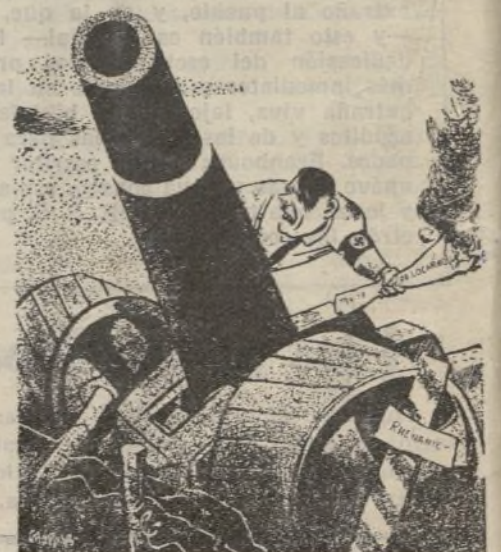
La conferencia del desarme duerme.
—No grites tan fuerte que vas a despertarla.
—No temas... aunque dispares cañonazos no la despertarias.
«Marianne», Paris.



«Génova Cirens»
—Mi pistola es defensiva y la vuestra ofensiva. ¡Tíradla!
«Le Journal» Paris.



El inglés ingenuo:
—¿Una guerra colonial? ¡Que locura!
«Guerin Meschino», Melán.



—Hitler ofrece la paz.
«Daly Worker» (comunista), Londres.

50 cts.

Franqueo concertado

Ayuntamiento de Madrid

Redacción y Administración: APARTADO 520
GIROS: MONTESINOS, calle de Císcar, número 10
6 números, 3 pesetas 12 números, 6 pesetas